

**CB
130**

ANDRÉ WÉNIN

La historia de José (Génesis 37-50)

evd

editorial verbo divino

Avda. Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra)
2006



Yo soy José, vuestro hermano. ¿Qué judío o qué cristiano no ha llorado con este encuentro?»

A comienzos del siglo xx, Charles Péguy se maravillaba. Antes que él, Víctor Hugo y Dostoievski habrían asentido, y después de él Thomas Mann. El final del libro del Génesis, con sus ardidés, sus secretos y sus disimulos, sus relaciones fraternales rotas y renovadas en un decorado de campamentos y palacios, en medio de rebaños y de sacos de trigo, parece más cotidiano, familiar y conmovedor que los episodios que le han precedido. Como si la fulgurancia mítica del Edén o lo trágico del sacrificio en el monte Moria se hubieran mudado en una especie de novela popular.

En esta larga historia, el lector apenas puede reconocer en Jacob, padre inconsolable, al luchador del Yaboq. Y la exaltación de José en la corte de Egipto se parece a esas *success stories* de ayer y de hoy en que el joven extranjero se convierte, por su sabiduría, en rico y poderoso. Después, el sabio se muestra aquí más bien duro con sus hermanos, alternando cárcel y banquete, presentándose cálido o frío, sacando de la mentira verdad. Por otro lado, la acción, ya poco verosímil, se detiene de camino con Judá y Tamar y alarga después extensamente la gran escena del reconocimiento. En cuanto a Dios, tan presente en los caminos de Abrahán o del joven Jacob, ¿dónde está?

André Wénin nos invita a releer estas famosas páginas. Hace que aparezca la complejidad de una intriga que tiene que ver tanto con la filiación como con la fraternidad e, indudablemente, con el futuro de la promesa hecha por Dios a Abrahán. «José, su padre y sus hermanos», éste podría ser el título de esta relectura. Todo encuentra en ella su lugar en el tablero del relato, incluso lo que parece marginal. El análisis narrativo, puesto en práctica aquí de forma sencilla y magistral, ciertamente no agota la riqueza textual, pero renueva nuestra mirada.

Gérard BILLON

- **André Wénin**, profesor de Antiguo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Lovaina la Nueva, es uno de los especialistas en el análisis narrativo. En los *Cuadernos Bíblicos* ya ha ofrecido una lectura de *Samuel, juez y profeta* (CB 89, 2 1999) y *En torno a los relatos bíblicos* (CB 127, 2005). En un ensayo que ha visto la luz en las Ediciones Lessius (Bruselas), *Joseph ou l'invention de la fraternité*, propone su propia lectura del relato de Gn 37-50, centrándose en el tema de las relaciones familiares

La historia de José (Génesis 37-50)

Algunas claves para leer el relato

La historia de José es una pequeña novela escrita con un arte muy refinado. Su riqueza es sorprendente, y estas pocas páginas apenas bastarán para hacer que se perciba una parte de ella, a falta de poder entrar en discusiones detalladas. Aquí trataremos de estudiar la intriga del relato, esbozando así una pista de lectura con la ayuda de los recursos del análisis narrativo. Todo empieza con una grave crisis en torno a José, hijo predilecto de su padre y odiado por sus hermanos, crisis que se complica a medida que los protagonistas tratan de buscarle una salida... Por **André Wénin**.

Introducción

La mayor parte de los estudios que abordan la historia de José desde una perspectiva sincrónica se interesan sobre todo por el tema de la fraternidad. Su atención se centra a partir de ese momento en los caps. 37 y 42-45 (46) y en una parte del cap. 50 (vv. 15-21).

Las otras secciones parecen menos importantes, porque son vistas como marginales con respecto a la crisis familiar que se inicia con el conflicto que lleva a la desaparición de José. La historia de Judá y Tamar (38) está considerada como una pieza que no tiene relación con la intriga principal, lo mismo que el relato de la muerte de Jacob (47,27-50,14). En cuanto a la subida de José (39-41) y la instalación de la familia de Jacob en Egipto (46-47), son como episodios marginales.

En este Cuaderno querría tratar de hacer que se percibiera el interés de todas las partes de la historia para la comprensión de la «novela de José» con que acaba el Génesis. Después de una rápida mirada de conjunto (caps. 1 a 3), seguiré en primer lugar la intriga principal, donde la crisis que se establece al principio encuentra poco a poco una salida (37; 39-46; 50,15-21). A continuación (caps. 4 y 5) retomaré las páginas que parecen estar al margen de la historia (38; 47-50), para tratar de

mostrar cuál me parece que es su función narrativa con relación a la intriga principal.

Pero, antes de partir al descubrimiento de la intriga, debemos calibrar la amplitud del relato en Gn 37-50. A fin de poder guiar la lectura, he aquí algunas observaciones y un esbozo de estructura.

Dado que un cambio de escena y de episodio¹ corresponde habitualmente a un salto en el tiempo, a un cambio de lugar, a la llegada o la partida de personajes, es posible establecer una primera división sobre cuya base procederé para determinar las grandes partes del relato.

1 Llamo «episodio» a una agrupación de «escenas» donde se desarrolla una acción unificada. Así, por ejemplo, el cap. 37 es un episodio compuesto por varias escenas: después de la exposición (personajes y situación de partida: vv. 1-4) tenemos sucesivamente: el relato de los sueños (vv. 5-11), la misión de José (vv. 12-17), los proyectos de los hermanos y la agresión (vv. 18-25a), la venta y la desaparición de José (vv. 25b-30), el anuncio a Jacob (vv. 31-35) y el epílogo (v. 36).

La familia de Jacob

Jacob-Israel*

Lía (29,23)

Raquel (29,28)

Zilpá (29,24)
Sierva de Lía

Bilhá (29,29)
Sierva de Raquel

Rubén (29,32)
Simeón (29,33)
Leví (29,34)
Judá (29,35)
+ *Bat-Suá* [y *Tamar*]

Gad (30,10s)
Aser (30,12s)

Dan (30,5s)
Neftalí (30,7s)

Isacar (30,17s)
Zabulón (30,19s)
Diná (30,21)

José (30,23s)
+ *Asenet*
Benoní/Benjamín
(35,17s)

* En negrita los nombres de los personajes que intervienen como actores en la historia de José. En cursiva los nombres de las esposas.

Una serie de episodios

A partir de los criterios esbozados más arriba, he aquí una primera división de episodios de Gn 37-50.

- 37 – En Canaán, con Jacob, José y los hermanos (José tiene diecisiete años).
- 38 – «Por entonces», en otra parte de Canaán, Judá sin los demás.
- 39 – En Egipto, José en casa de su señor Putifar; Adonay (= el Señor); la mujer del señor².
- 40 – Más tarde, José y los funcionarios del faraón en la cárcel.
- 41,1-53 – Dos años más tarde, en la corte de Egipto, José (treinta años) y el faraón.
- 41,54 a 42,38 – Siete años más tarde, comienzo de la hambruna, primer viaje de los hermanos: Canaán (con Jacob) – Egipto (con José, dos encuentros) – Canaán.

2. Aquí podemos dudar: el cambio de lugar en 39,20 (de la casa a la cárcel) quizá señale el comienzo de un nuevo episodio. Pero la circunstancia de tiempo en 40,1 y la introducción de los protagonistas de la nueva historia parecen desempeñar la misma función de apertura.

- 43 a 45 - Segundo viaje de los hermanos: Canaán - Egipto - Canaán, en cuatro secciones: con Jacob en Canaán (43,1-14); primer encuentro con José (43,15-34); al día siguiente, segundo encuentro con José (44,1 a 45,15); preparativos y regreso (45,16-28).
- 46,1 a 47,27 - Tercer viaje de los hermanos, con Jacob y sus familias: Canaán - Egipto, donde se instala el clan; gestión de la crisis alimentaria por parte de José (47,13-26).
- 47,28 a 48,21 - Poco antes de la muerte de Jacob: con José y sus dos hijos.
- 49,1 a 50,14 - Testamento de Jacob ante sus doce hijos, muerte y funerales en Canaán (cuarto viaje de los hermanos, con José: Egipto - Canaán - Egipto).
- 50,15-26 - Tras la muerte del padre, conversación final entre José y sus hermanos; muerte de José.

Dejando aparte el primer episodio, parecen posibles algunos agrupamientos en actos. Así, agruparemos las escenas que van desde el comienzo del cap. 38 a 41,52: estos episodios narran las aventuras individuales de dos hermanos aislados y alejados de la familia de Jacob. Asimismo, el conjunto 41,54 a 47,26 (o 27) es un relato continuo situado a lo largo de los años de escasez (cf. los extremos, 41,54-57 y 47,13-26), donde se menciona la gestión de la crisis en Egipto por parte de José; está localizado en torno a tres viajes del grupo de hermanos con intensos encuentros familiares. Por último, con excepción del breve epílogo (50,22-26), los hechos relatados en 47,28 a 50,26

Cronología relativa de la historia de José

Es posible reconstruir la cronología de la historia de José a partir de datos del relato.

El comienzo de la historia se sitúa cuando José tiene *17 años* (37,2) La observación siguiente se ofrece en 41,46, donde el narrador señala que «José tenía *30 años* cuando se encontró en presencia del faraón » Ese año es el primero de los 7 de abundancia anunciados por José (41,47), a los que siguen inmediatamente otros 7 de escasez (41,53-54) El primer encuentro entre José y sus hermanos se sitúa, según parece, en el primer año de la hambruna, o sea, cuando José tiene *37 años*, tras 20 de separación. En todo caso, el siguiente viaje tiene lugar a lo largo del segundo año de sequía (45,6 11) A esto le sigue que Jacob emigra a Egipto, donde se encuentra con José después de 22 años, a la edad de 130 (47,9) Aún vivirá 17 años en Egipto (47,28) José tiene entonces 55 años Habrá vivido con su padre tanto tiempo en Canaán (37,2) como en Egipto (47,28) Él mismo morirá a los *110 años*, es decir, 55 después del final de la historia contada (50,22 26) Aún hay que observar que el episodio del cap 40 se sitúa cuando José tiene 28 años, dos antes de su elevación (cf 41,1)

Cinco momentos del relato están claramente situados en el tiempo la crisis familiar, cuando José tiene 17 años (cap 37), su elevación por el faraón, a la edad de 30 años (cap 41), las tres bajadas de los hermanos a Egipto, durante el período de escasez (caps 42-47), los últimos días de Jacob (47,28) y la muerte de José (50,22-26).

tienen lugar una docena de años después del fin de la hambruna y giran en torno a la muerte de Jacob (47,28 y 50,15).

Cuatro actos unificados

Estos agrupamientos de episodios constituyen cuatro actos que cuentan cada uno de ellos hechos bastante unidos en el tiempo y comprenden al menos un «viaje» entre Canaán y Egipto: en el acto I (37,1-36), la venta de José supone su bajada a Egipto. El acto II (38,1 a 41,53) se sitúa en un hueco, y es el lector el que, por así decir, viaja de Canaán, donde vive Judá, a Egipto, donde se encuentra con José. El acto III (41,54 a 47,27) narra los años de la hambruna, más exactamente tres viajes, de los cuales el primero constituye la emigración del clan. Por último, el acto IV (47,28 a 50,26) girará en torno a la muerte de Jacob, con el viaje de ida y vuelta de los hermanos a Canaán para su sepultura. Veamos estos diferentes conjuntos para verificar su coherencia.

Acto I (37,1-36)

«Ésta es la historia (to^ldot) de Jacob» (37,2). Esta frase indica al lector que empieza una nueva historia, inscrita no obstante en el curso de las «generaciones» (to^ldot) precedentes. Los personajes que el narrador introduce son, por otra parte, conocidos por el lector: es la familia de Jacob, que se constituye en los caps. 29-30. Al final del acto, tras la venta de José y el rechazo de Jacob de hacer duelo por el desaparecido, la historia parece encasquillarse: ya no se habla del padre ni de sus hijos, sino solamente de dos de ellos, que viven lejos. El hilo de la historia comenzada en el cap. 37 sólo se retomará más tarde, al comienzo del cap. 42. El primer episodio forma, pues, una unidad cerrada.

Acto II (38,1-41,53)

A pesar de que una relación temática une la historia de Judá y Tamar con el episodio del capítulo precedente, la

continuidad narrativa entre ambos es más que problemática. Además existen relaciones del mismo tipo con lo que José vive con la mujer de su señor al comienzo del episodio siguiente. Narrativamente son incluso más fuertes. En efecto, cada uno de los dos episodios pone en escena a un hermano aislado, «bajado» al extranjero y ligado a alguien del lugar, Jira el cananeo y Putifar el egipcio (38,1 y 39,1). Allí, cada uno de los hermanos forma una nueva familia en un contexto en que intervienen dos mujeres: la esposa, de la que se habla poco (38,2-5 y 41,45.50), y otra que se muestra capaz de argucias en un contexto connotado sexualmente: Judá se deja tentar por Tamar, a la que toma por una prostituta (38,12-26), y José se resiste al acoso de la mujer de su señor (39,7-20). Las dos historias acaban con el nacimiento de hijos, Peres y Zéraj a Judá, Efraín y Manasés a José, hijos que serán nombrados en el linaje de Jacob (38,27-30 y 41,50-52). En ambos casos, estos nacimientos son signo de la rehabilitación del padre de los muchachos. Tenemos que observar también que, en toda la historia de José, solamente aquí aparece Dios con el nombre de Adonay (el Señor) y tomando parte en la acción (38,7-10 y 39,2-5.21.23)³.

Ciertamente, en este acto, la historia de José en Egipto está como dilatada por la doble escena de interpretación de los sueños en los caps. 40 y 41. Lo cual quiere decir que el encuadre de estas escenas en 39 y 41,41-53 tiene muchos puntos comunes con la aventura de Judá en 38. Esto

3. En los demás sitios se trata siempre de Dios ("Iohim), y no interviene como actor, salvo en 46,2-4, donde se aparece de noche a Jacob para animarle a bajar a Egipto hacia José.

justifica, en mi opinión, el agrupamiento de estas dos historias individuales en un mismo acto.

Acto III (41,54-47,27)

Aquí se retoma la historia familiar cuyo relato comenzó en el acto I. Arranca de nuevo en un contexto de hambre en el que José desempeña un papel determinante, puesto que vende los productos que permiten sobrevivir. Este contexto está constantemente en el horizonte del relato, siendo el hambre un factor esencial para el avance de la intriga. Constituye, sin embargo, el objeto de desarrollos específicos que se responden desde el principio al final del acto (41,53-57 y 47,13-26). Estos sumarios sitúan el relato propiamente dicho a lo largo de los dos primeros años de hambruna (cf. también 45,6.11). Todo el acto gira en torno a la problemática familiar.

Cada uno de los tres episodios que forman este acto (41,54-42,38; 43-45; 46,1-47,27) narra un viaje desde Canaán a Egipto, que sigue a una iniciativa de Jacob. El relato comienza por precisar las personas que forman parte de la caravana. Dejando aparte el último viaje, son idas y vueltas de los hermanos entre los dos seres que ellos han separado al principio de la historia: el padre Jacob y su amado hijo José. Su desarrollo es igualmente paralelo. No sólo comienzan y acaban en Canaán, con Jacob, sino que incluso el encuentro con José en Egipto tiene lugar en dos jornadas distintas. No obstante, el segundo episodio es claramente más largo, desdoblándose las escenas: diálogo en dos tiempos con Jacob (43,1-7 y 8-14), encuentros con José precedidos por una conversación con su mayordomo (43,16-25 y 44,1-13), mientras que el narrador frecuentemente concede la palabra a los personajes para discursos a veces muy considerables.

En cuanto al regreso a casa de Jacob, viene precedido por una escena de preparativos bastante larga (45,16-24). Conviene observar que, después del tercer viaje, el narrador distingue también dos momentos en los que José y su familia se reúnen (46,28-34 y 47,2-12), teniendo lugar el segundo encuentro en presencia del faraón.

Acto IV (47,28-50,26)

Este acto final está jalonado por las etapas de la muerte de Jacob. Ésta se anuncia al principio (47,28-29), antes de que se precisen las cosas: Jacob está enfermo (48,1) y anuncia su muerte a José (48,21). Después de haber entregado el testamento a sus hijos, les da instrucciones relativas a su sepultura en Canaán (49,29-32), precisando así lo que había dicho a José (cf. 48,30). A continuación muere (49,33). Siguen entonces los ritos de duelo y los funerales en Macpelá (50,1-14). La última escena entre los hermanos se sitúa en la prolongación de esta muerte (50,15-21), de modo que sólo las últimas líneas (vv. 2-26) escapan a esta unidad de tiempo. Allí, el relato se precipita hasta la muerte de José, 55 años más tarde.

Junto a la muerte, el tema del futuro, y en particular el del regreso a Canaán, unifica este acto. Es de lo que se trata a propósito de Jacob y su enterramiento en la tumba de sus antepasados (47,29-30; 49,29-32 y 50,7-13), pero también a propósito del regreso del pueblo surgido de él (indirectamente en 48,4, después claramente en 48,21-22 y 50,24), regreso gracias al cual los huesos de José deberán ser repatriados a Canaán (50,25). Más ampliamente, es del futuro de lo que se trata en la bendición de los hijos de José (cap. 48) y en el último discurso en que el padre anuncia a sus hijos «lo que será de vosotros en los días venideros» (cap. 49).

I

La apertura del relato, Génesis 37

Para el lector del Génesis, el cap. 37 constituye la apertura de un nuevo relato. Ciertamente es posible leerlo como un conjunto aislado provisto de intriga propia. En él se retoman motivos narrativos anteriores –la predilección por el pequeño, los sueños, las argucias, el vestido–, así como temas importantes tales como los celos fraternos o el deseo de asesinato.

Pero en este relato autónomo aparecen también la mayor parte de los ingredientes de la historia que va a seguir, por no decir las grandes dimensiones de la crisis que estarán en el núcleo de la intriga de conjunto. Esto es lo que nos ocupará en este capítulo: tras un sucinto

análisis del relato, me detendré a señalar algunos elementos citados en la continuación, para mostrar cómo este capítulo, al iniciar la acción propiamente dicha, presenta toda una exposición narrativa del relato en su conjunto.

Una crisis en la familia de Jacob

Desde el principio, José es puesto por delante, en el centro de la familia de Israel. Jacob, privado demasiado pronto de Raquel, la esposa preferida, ha dirigido su afecto hacia él: en efecto, José es el primogénito de Raquel.

La crisis: José, el preferido de Jacob (37,2-17)

Pero hay otros hijos, mayores, nacidos de Lía y de dos siervas, Bilhá y Zilpá. Al ofrecer a su hijo predilecto una túnica

princesca, Jacob muestra claramente su preferencia por este joven, que le refiere calumnias acerca de los hermanos. José se encuentra entonces desgarrado entre el amor de su padre y el odio que se apodera de sus hermanos, hasta el punto de impedir cualquier palabra de paz en la familia (vv. 2-4).

Esto es lo que ilustra la escena que sigue. ¿Busca José el contacto? ¿Va de fanfarrón ante los otros? ¿Trata de situarse en una familia en la que se encuentra como dividido entre su padre y sus hermanos? Siempre es él quien

Proyectos asesinos y desaparición de José (37,18-30)

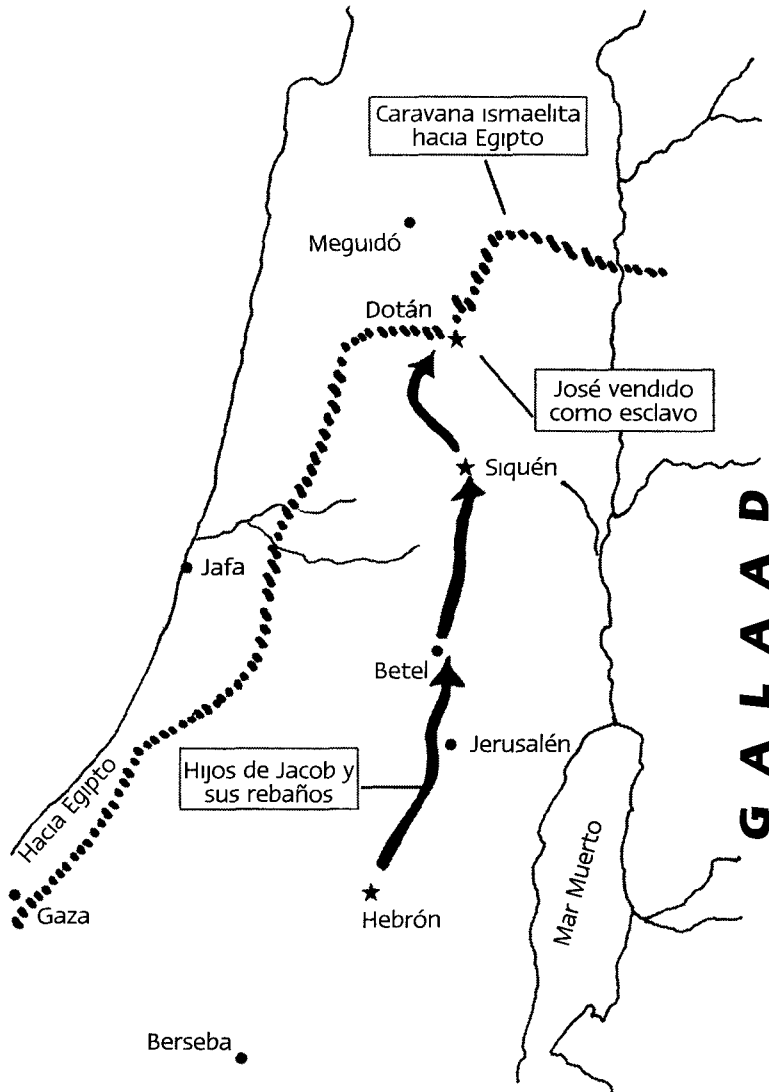
cuenta a los demás los sueños que tiene. En el contexto descrito más arriba, apenas sorprende que su relato avive el odio de sus hermanos y suscite sus celos. Ellos ven en sus sueños y en sus palabras el signo de su deseo por dominarlos, por reinar sobre ellos. Incluso Jacob se alarma. Reprende a José y le cuestiona sobre la pretensión que parece mostrar de ese modo (vv. 5-10). Pero, ¿es correcta la interpretación dada a estos sueños? ¿Y si expresaran más bien el secreto deseo del soñador de ver cómo acaba positivamente la tensión que experimenta, aceptando sus hermanos reunirse en torno a él y reconociendo que la preferencia paterna lo ha puesto en el centro?

Pero Jacob guarda memoria de los acontecimientos (v. 11). Asimismo, cuando el desgarramiento familiar se concrete y los hermanos se alejen con el rebaño (v. 12), el padre toma la iniciativa de enviar a José hacia ellos con una misión de paz. ¿Tiene conciencia de que el problema procede del hecho de que ha privilegiado a José y lo ha puesto aparte de los hermanos? El hecho es que ha arrancado de sí a su hijo predilecto y lo envía hacia sus hermanos para recomponer la fraternidad, con la esperanza de que la palabra pueda abrir un camino entre ellos. En todo caso es lo que se desprende de lo que le dice a José. Después de haber subrayado que los que se encuentran lejos son sus hermanos, añade: «Anda, mira la *paz* de tus hermanos y la *paz* del rebaño, y hazme llegar una *palabra*» (v. 14). Así, la tarea que le confía consiste en encontrar una salida a la crisis familiar, en la que la palabra no logra instaurar la paz (cf. v. 4). José acepta, decidido él también, según parece, a intentar algo para transformar las relaciones que Jacob y él mismo han emponzoñado: a partir de ese momento, su deseo declarado es encontrar a sus hermanos, debiendo para ello ir más lejos de lo que su padre le ha pedido (vv. 15-17). De esta manera, el elegido se compromete en la búsqueda de una solución a la crisis que la elección ha abierto.

Los hijos, sin embargo, no han vivido semejante evolución. Apenas ven llegar a José, intrigan contra él, viéndolo sólo como el «señor de los sueños». Deciden matarlo y ocultar su cuerpo en una cisterna, con vistas a dar crédito a la versión oficial que preparan para su padre: José ha sido devorado por una fiera (vv. 18-20). Pero el hermano mayor, Rubén, se siente responsable con respecto a su padre, porque además tiene una deuda con él (cf. 35,22). Por tanto, salva a José de la muerte con la intención de llevarlo con su padre. Pero se guarda bien de revelar su plan a los otros. Haciendo parecer que se adhiere a su proyecto, les exhorta a no matar a José; que lo arrojen solamente a una cisterna aislada, donde terminará muriendo (vv. 21-22). Su plan se pone en práctica con la llegada de José: le arrancan su túnica, signo de la preferencia del padre, y lo arrojan en un «agujero» (*bôr*), una cisterna sin agua donde no debería tardar en morir (vv. 23-24).

Una vez acabado el trabajo sucio, como para sellar su pacto asesino, los hermanos comparten una comida. Pero una caravana ismaelita pasa por allí. Entonces Judá tiene una idea: mejor que dejar morir a su hermano, ¿por qué no intentar sacar provecho de él? Después de todo, si termina como esclavo en el extranjero, sus sueños ya no podrán realizarse, es como si muriera (vv. 26-27, cf. v. 20b). Ahora bien, mientras los hermanos escuchan a Judá –es lo que dice el relato–, mercaderes madianitas de paso sacan a José del agujero aislado donde se pudre y lo venden a los ismaelitas de la caravana. Después de esto, quizá temiendo que los otros hayan ido a buscar a José para venderlo, Rubén se dirige al agujero para salvarlo. Pero, una vez llegado a él, no lo encuentra

La geografía de Génesis 37



y corre a avisar a los demás de esta desaparición, que lo desespera (vv. 27-30)

Se observará de pasada que, desde su llegada, José está pasivo. No dice nada, no hace nada, no es sujeto de ningún verbo, sino sólo objeto de otros, víctima entregada en sus manos. Si no muere, se lo debe a dos hermanos: Rubén piensa en su padre y decide salvarlo; Judá evoca, por su parte, la fraternidad, que, si no prohíbe el cinismo, al menos debe impedir el asesinato: ¿sería derramar la

propia sangre? Por tanto, a este resto de sentido familiar es a lo que José debe la vida.

El sufrimiento del anciano padre (37,31-35)

Una vez llevado José a Egipto, los hermanos no han terminado con él. Queda el padre. ¿Por qué quieren los hermanos que Jacob sepa lo ocurrido? ¿Acaso para poder pa-

El peso de las culpas pasadas

El problema de familia que se plantea desde el comienzo de la historia de José no es *sui generis*. Por el contrario, tiene una larga historia que se remonta a Abrahán. En efecto, apenas se acaba de destetar a Isaac cuando se ve privado de su hermano mayor, ya que Sara, celosa, exige que Ismael sea enviado con su madre (Gn 21,8-14). Aparentemente esto no tiene consecuencias para Isaac. Sin embargo, el lector sabe que éste se establece en el pozo de Lahai-Roí (24,62; 25,11), un lugar cargado de recuerdos de su hermano, puesto que su nacimiento y su destino fueron anunciados allí a su madre (16,11-14). Convertido en padre de gemelos, Isaac prefiere a su hijo primogénito, hombre de grandes espacios, como Ismael, su hermano mayor (25,27-28, cf. 21,20-21). Incluso igual que su tío, Esaú se casa con mujeres extranjeras (26,34) antes de casarse con una hija de Ismael, con la esperanza de agradar a Isaac (28,6-9). Todos estos detalles convergen y hacen pensar que la preferencia de Isaac por su hijo mayor quizá esté ligada al hecho de que muy pronto se vio privado de su hermano

Por su parte, Rebeca pone sus miradas en Jacob, a semejanza de su suegra Sara, que también había preferido al pequeño. En una especie de celo materno por el segundo, siempre igual que Sara, actúa de modo que su hijo amado destrone al mayor, privándolo de la bendición paterna. Este odioso robo provoca el resentimiento de Esaú, y, para evitar lo peor, Jacob huye de su casa (27,41-28,5). Aconsejado por sus parientes, se dirige a casa de su tío materno, Labán, donde se encuentra con Raquel, sobrina de

Rebeca, mujer hermosa como ella (29,10.17 y 24,16) y la pequeña como él. Invitado a habitar y trabajar en casa de Labán, Jacob ama a Raquel más que a la primogénita, Lía. Pero pronto las cosas se vuelven: astuto como su hermana, Labán engaña a Jacob con Lía y en favor de ella, igual que Rebeca había engañado a su marido con su hijo querido favoreciéndolo. Jacob entra de nuevo en conflicto, esta vez con este tío suyo que se dice «su hermano» (29,15). Por su parte, sus dos esposas –de las que una es odiada, pero fecunda, y la otra amada, pero estéril– repiten el conflicto entre la abuela Sara y su rival Agar, utilizando también ellas siervas como «vientres de alquiler» (29,31-30,23).

Es en este contexto en el que nacen los doce hijos de Jacob. Sus nombres traducen la exacerbación de la envidia que obsesiona a las dos mujeres en la carrera por el marido y por el hijo. ¿Es extraño en este caso verlos hundirse a su vez en conflictos marcados por los celos y el odio, cuando Jacob hace recaer sobre el hijo de Raquel la preferencia que manifestaba ya por su madre, muerta en el momento en que comienza la historia de José (37,1-11)?

De esta manera, de una generación a otra, en esta familia los problemas de relación se repiten, se desplazan, se amplían. A partir del momento en que concluyan definitivamente las disputas familiares, José y sus hermanos ponen fin no sólo a su propio conflicto, sino también a un problema que se arrastraba desde hacía varias generaciones

garle con la misma moneda por haberlos hecho sufrir prefiriendo a José? En efecto, es la túnica –signo del amor por su hijo– lo que le remiten, empapada en sangre y acompañada de una retorcida petición de la que se deduce la idea de que José ha tenido que tener una muerte trágica. En todo caso es lo que Jacob entiende y sus gritos son desgarradores. Pero ¿no está diciendo la verdad oculta de las cosas cuando señala con el dedo a la bestia feroz que ha causado la muerte de su hijo? ¿No son los celos y el odio los que han hecho de los hermanos lobos para su hermano, a imagen de Caín, quien, por no haber podido dominar la animalidad que había en él, mató a Abel?

Pero si los hermanos quieren que Jacob sepa que José ha desaparecido quizá sea también porque esperan formar definitivamente una familia unida, ya sin ningún obstáculo que venga a perturbarla. En este sentido se comprende que, después de haber actuado de modo que su padre esté al corriente de la desaparición, vengan a apoyarle en su duelo, esforzándose por consolarlo. Ahora bien, Jacob no quiere oír nada: no habla más que de la muerte, en la que quiere reunirse con «su hijo». Así, es-

La apertura del relato

El cap. 37 constituye la apertura de la historia de José al menos de dos maneras. Por una parte introduce algunas temáticas, ligadas a expectativas que el narrador suscita en el lector y que serán como hilos que aseguren a la historia una coherencia de conjunto. (Estas temáticas son destacables especialmente gracias a palabras clave que, junto a algunas otras, forman como constelaciones). Por otra parte abre una crisis en las relaciones en el seno de la familia de Jacob, una crisis profunda que, puesto que tiene varias dimensiones, se revela más bien compleja, lo que hace presentir un relato bastante largo.

tando vacío el lugar de José, es imposible que se instaure una aparente unidad familiar, fundada en la negación del sufrimiento de aquellos que han sido víctimas del odio que ellos mismos han alumbrado.

Conclusión

En este episodio, el drama familiar es el fruto de una palabra enferma. Afectados por la injusticia de Jacob respecto a ellos, los hermanos no están en condiciones de encontrar palabras justas. Así es como, sin quererlo, ofrecen un terreno propicio para que los celos y el odio se desarrollen en ellos. A partir de este momento, a falta de haber podido hablar a su padre y a su hermano «por la paz» (v. 4), se hunden poco a poco en la violencia, la mentira y el cinismo, haciendo sufrir atrocemente a aquellos que les habían hecho daño, como si eso fuera a liberarlos de su propio mal. De ese modo no hacen más que ampliarlo. *¿Será posible salir un día de esta espiral? Para eso, los hermanos deberán encontrar ciertamente el camino de una palabra verdadera y fraterna.*

Temas importantes y expectativas del lector

1 – Sueños y cumplimiento. El acto I comienza realmente con dos sueños que José cuenta a sus hermanos y después a su padre, y cuyo argumento común es una reunión y una postración ante José o lo que le simboliza. El primer sueño es visto por sus hermanos como el presagio de una dominación real que José pretendería; el segundo es leído por el padre como anunciando la

postración de toda la familia ante su joven hijo (37,5-11). El propio José no interpreta los sueños, y aquellos que lo hacen en realidad plantean preguntas al soñador en cuanto al futuro que los sueños podrían anticipar. No se dice nada de que el resultado pueda ser positivo, no siendo Jacob y sus hijos además forzosamente competentes en la ciencia de los sueños. De modo que, al provocar una expectativa, el narrador extiende un velo que no será levantado más que poco a poco, a lo largo del relato. De forma inmediata, los sueños empujan a los hermanos a querer desembarazarse de José (37,19-20). Al proyectar venderlo como esclavo creen impedir la realización de sus sueños de grandeza. De hecho, sin saberlo, preparan su cumplimiento. Por lo demás, otros sueños abrirán a José el camino hacia la realización de los suyos (caps. 40-41).

2 - La palabra y la paz o la misión de José. La crisis familiar se inicia cuando los hermanos miran con ojos de odio la preferencia del padre por José y cuando este odio paraliza en ellos cualquier posibilidad de hablar en paz (37,4). Las primeras palabras de José relativas a sus sueños tienen como resultado acrecentar el odio y los celos de los otros, que acaban por alejarse (vv. 8 11-12). Entonces Israel envía a José a «ver la paz» de sus hermanos y a traerle una palabra a él (v. 14). Ésa es, como hemos visto, la misión del elegido del padre. Pero la reacción de los hermanos impide su realización inmediata. Y la «palabra» que vuelve a casa del padre es la túnica ensangrentada y la invitación a reconocer en ella la de José (vv. 31-34). ¿Podrá éste llevar a buen término la misión que ha recibido de Jacob y que ha aceptado haciéndola suya? ¿Podrá un día la palabra convertirse en un factor de paz en esta fratría? ¿Podrá el padre beneficiarse de ello? También en esto el lector queda expectante. No será decepcionado: un día, José enviará a sus hermanos a donde Jacob con

palabras de paz y de vida, después de haber encontrado en ellos a hermanos (cap. 45).

3 - La muerte y la esperanza de vida. La segunda mitad del primer episodio de la historia está saturado de muerte. Ésta comienza con el proyecto de los hermanos de matar a José (37,18-20), e incluso aunque el plan inicial no se pone en práctica, la cisterna sin agua a donde arrojan a su hermano es, tanto para él como para ellos, el lugar de una muerte simbólica. Después, al enviar a su padre la túnica llena de sangre, le hacen creer en la muerte de su hijo (vv. 20 y 31-33), hasta el punto de que el anciano Jacob se hunde en una pesadumbre a la que no ve otro final que su propia muerte (vv. 34-35). En el duelo en el que se encierra y que paraliza las relaciones familiares permanece el signo de esta muerte sin consuelo posible. También ahí, al final del acto I, el lector espera que la muerte no tenga la última palabra. Sabiendo que el hijo que Jacob llora no está muerto, es conducido a estar de acuerdo con el anciano que, al rechazar enterrar simbólicamente a José, aún concede paradójicamente una oportunidad para la vida. El lector lo comprenderá cuando asista a la construcción de la fraternidad, pero también cuando vea al viejo Jacob renacer al enterarse de que su hijo está vivo (45,25-28; 46,29-30 y 48,11)

4 - Astucia y engaño para la desgracia o para la vida. Si la palabra es capital en la medida en que la cualidad de las relaciones vividas depende de ella, también es la que permite engañar jugando con las apariencias. En el acto I, el narrador cuenta dos argucias, diferentes en razón de su móvil y de su resultado. Rubén engaña a sus hermanos ocultándoles su intención de salvar a José, y es a este engaño al que éste debe la vida (37,21-22). A continuación, los hermanos actúan con ardid con su viejo padre de modo que se entere de la desaparición de su hijo, pero sin saber qué papel han desempeñado ellos en

esa desaparición; este segundo engaño provoca la desgracia de Jacob y desemboca en la duradera parálisis de las relaciones familiares (vv. 31-35). El comienzo del segundo acto vuelve con insistencia sobre esta temática (caps. 38 y 39), como para agudizar la mirada del lector antes de que se encuentre confrontado con la astuta estrategia de José, que se ocultará a sus hermanos cuando se encuentre con ellos en Egipto, así como con la continuación de las mentiras de los hijos en la relación con su padre (42-45). Al final, los hermanos actuarán con argucias a su vez con José con vistas a obtener su perdón (50,15-21). Este último tema no despierta expectativa en el lector; más bien revela, por lo que a él respecta, la estrategia de comunicación del narrador.

Los parámetros de la crisis familiar

Algunas temáticas mencionadas más arriba ponen de relieve una fuerte unidad en el relato de José. El cap. 37 no es, sin embargo, más que su apertura. Se establece un drama en el que los celos y el odio comprometen gravemente la construcción de una fraternidad, de una familia digna de ese nombre. Como resultado, una serie de preguntas que modelan la expectativa del lector de cara a la continuación del relato: ¿va a convertirse José en señor de los suyos? Si es así, ¿qué hará con este poder cuando los otros se postren ante él? ¿Tratará de vengarse o, por el contrario, realizará su deseo de encontrar a sus hermanos y cumplir su misión de hacer llegar una palabra de paz a su padre? ¿Prevalecerá la vida? Si es así, ¿cómo? ¿Qué será del deseo que quizá tienen los hermanos de formar una familia unida? E, inmediatamente, ¿qué va a suceder con esta familia desgarrada? ¿Qué pasará con José, vendido al egipcio Putifar?

La crisis abierta en el cap. 37 es, por tanto, familiar. En realidad se desarrolla en tres relaciones diferentes íntimamente correlativas.

1 – *Entre Jacob y José*, al final del episodio, la separación es radical. La misión confiada por Jacob a José y el deseo de fraternidad de éste han sido abortados. Quizá para siempre. Sin embargo, el padre rechaza hacer duelo por él, conservando vivo el doloroso recuerdo del hijo desaparecido. ¿Una apertura para más tarde?

2 – *Entre los hermanos y José*, la violencia y la exclusión han prevalecido. El trato reservado a la túnica de José es señal del violento rechazo del que ha sido objeto, signo del deseo de muerte de sus hermanos, refrenado sólo por el temor de tener que dar cuentas (37,22a.26). Al remitírsela al donante, ¿no tratan los hermanos además de «enterrar» a José? Por lo que a él respecta, es tratado como un objeto por los otros, pero el narrador no dice cómo lo ve él.

3 – *Entre Jacob y sus hijos*, es el disimulo, la mentira y la hipocresía los que gangrenan la relación. Si los hijos desean reconciliarse con el padre una vez desaparecido José, lo hacen despreciando sus sentimientos paternos y la verdad sobre su hijo. Pero quizá también lo hacen con el secreto deseo de hacerle pagar el sufrimiento que han vivido por su causa.

Pero el conflicto es profundo. En efecto, hay que fijarse en que todos están implicados en la violencia, siendo cada uno de ellos a la vez causante y víctima. Agredido por sus hermanos, José ha comenzado provocándoles al extender calumnias sobre ellos y después contándoles los sueños en que les ve postrándose ante él. Desgarrado por la desaparición de José, de la que le informan sus hijos, ¿no les ha herido Jacob al afirmar la predilección por su hermano? Por tanto, si se hunden en el odio, los celos y después

la violencia no es sin motivo: ellos son los primeros en haber sufrido por parte de otros injusticias vividas como agresiones. Así, en esta historia, cada uno hace violencia a otro con buenas razones subjetivas para hacerlo; asimismo cada uno sufre la violencia de otro, preguntándose sin duda lo que le vale conocer este mal indebido. Pues, a falta de palabras justas, lo que domina es la incompreensión. Cada uno parece encerrado en sí mismo, sin darse cuenta –quizá sin querer ver– de que su manera de tratar de salir de su sufrimiento es precisamente lo que hace mal a otro.

Una crisis tan compleja y profunda ciertamente no puede resolverse de un solo golpe. Así pues, el lector puede esperar encontrar en la historia que va a leer varias escenas

que tienen las características de un desenlace, es decir, escenas 1) en que se verifica un apaciguamiento de la tensión narrativa 2) que favorece el desvelamiento de cosas ocultas o de la inversión de una situación 3) desencadenada por una acción decisiva y que lleva a la acción a su término, tendiendo a desaparecer la tensión.

Ahora me gustaría seguir, a propósito de las tres relaciones mencionadas anteriormente, los principales meandros de la tensión narrativa en el relato. El objetivo es tratar de determinar los momentos en que se produce un desenlace, aunque no sea más que parcial. Una primera búsqueda la dedicaremos a los itinerarios de José y de Jacob (capítulo II, pp. 17-25), y una segunda a las relaciones entre José y sus hermanos (capítulo III, pp. 26-36).

Grandes corrientes de la interpretación moderna

1 – Interpretación mitológica A comienzos del siglo XX se vio en la historia de José la historización del mito de Tamuz Osiris, un dios que, después de bajar a los infiernos, sube de ellos permitiendo la fecundidad de la tierra. José desempeñaría el papel de ese dios, el benefactor que dispensa el trigo tras haber experimentado un descenso a los «infiernos» y después haber sido exaltado (Winkler, Albright)

2 – Reflejo de la historia tribal o nacional Algunos han leído la historia de José como el reflejo de la historia de la tribu de José y de sus vecinos (Steuernagel), incluso aunque, para algunos, la versión no velada haya podido ocultar este aspecto histórico (Eissfeldt, Kaiser). Más recientemente, y con mayor flexibilidad, algunos creen encontrar en Gn 37-50 diversos rasgos de la historia nacional de Israel (Carr, Romer)

3 – Interpretación histórica Algunos consideran, por el contrario, que en la base del relato hay hechos históricos: la persona de José, su función en la corte del faraón, quizá su venta, la migración de clanes a Egipto. Transmitidas por las tribus del Norte, estas antiguas tradiciones constituyen el zócalo de lo que será la historia de José (de Vaux y ya Vergote)

4 – Una ficción literaria La historia de José ha sido considerada igualmente como la leyenda imaginaria de un niño, víctima de sus hermanos, que acaba por llegar a la realeza. Otros cuentos vinieron a injertarse en esta trama hasta ofrecer la novela legendaria que conocemos (Gressmann y Gunkel)

5 – Interpretación sapiencial El relato «yahvista» original surgió, según von Rad, de la escuela sapiencial de la corte de Salomón. La imagen de sabio que supone José, el interés por la complejidad psicológica de lo humano y el arte narrativo serían sus signos. Igual que en los libros sapienciales, Dios está presente en la historia, pero como por debajo. A esta lectura se pueden vincular también las interpretaciones más antropológicas del relato (Schenker)

6 – Interpretación contextual Desde un punto de vista narrativo y teológico, algunos subrayan los lazos contextuales entre la historia de José y lo que le rodea, en particular la historia de Jacob y la aventura de Moisés, que conduce a sus hermanos hacia la vida alimentándolos en un lugar de hambre (Rupert)

Según Remi LACK, *Lecture structuraliste dell'Antico Testamento* Roma, 1978, pp 75-83

A la búsqueda de desenlaces, 1: José y Jacob

Entremos ahora en el desarrollo del relato, centrando nuestra atención primero en José y Jacob, que habían sido cruelmente separados al final del acto I.

Apenas hay duda de que, para José, un primer desenlace tiene lugar cuando es elevado al segundo puesto del reino de Egipto e investido de plenos poderes por el faraón,

al final del cap. 41. Pero el hambre que él anticipa va a llevar muy rápidamente al núcleo de una crisis que había creído olvidada, y al final de la cual encontrará a su padre.

La elevación de José (39-41)

Al final del cap. 41, cuando pone nombre a sus dos hijos, José establece en realidad un balance de su aventura. «Dios me ha hecho olvidar toda mi pena y la casa de mi padre», dice al nombrar a Manasés. Y para Efraín: «Dios me ha hecho fructificar en el país de mi humillación» (41,51-52). El momento que vive al término de trece años de infierno parece ser un primer desenlace para su historia, después de haber sido vendido como esclavo. Pero el camino no ha sido fácil para él, que ha conocido en Egipto otras humillaciones, como lo subraya en 41,52.

Etapas de un difícil itinerario

El itinerario de José se desarrolla en tres fases análogas, en las que es decisiva la última, sobre el modelo de la triple repetición presente en muchos relatos.

1 - Con el apoyo de Adonay, José llega a un lugar importante en la casa del señor egipcio que lo compró a los ismaelitas. Se convierte en el segundo de Putifar, su hombre de confianza, dotado de plenos poderes y hermoso

por añadidura (39,1-6). Pero las acusaciones calumniosas de la mujer de su señor, que lo despoja de su vestido (igual que sus hermanos en otro tiempo, compárese 39,12 con 37,23), le llevan directamente a la cárcel. Así se encuentra en lo que se denominará un «agujero» (*bôr*, cf. 41,15), el segundo después de la cisterna donde sus hermanos lo habían arrojado (cf. 37,24). Esclavo, extranjero, preso: su situación empeora, del mismo modo que antes conoció una sorprendente elevación (39,7-20a).

2 - Asistido de nuevo por Adonay, José se gana los favores del jefe de la cárcel real donde está encerrado. Le confían todos los presos, despreocupándose el jefe completamente gracias a él, ya que José logra el éxito en todo (39,20b-23). Cuando dos altos funcionarios del faraón están a su vez encarcelados, es puesto personalmente a su servicio. Interpreta sus sueños, anunciando especialmente la rehabilitación del copero real, con la petición de que le recomiende (40,1-15). Pero, una vez libre, este próximo al faraón se olvida del joven esclavo, que pasa dos años suplementarios en la cárcel (40,23 a 41,1). El infierno continúa.

3 - Cuando el copero ve al faraón angustiado por sueños inexplicables, es decir, en la misma situación que él mismo dos años antes, recupera la memoria. Habla de José, que por fin es sacado de su agujero y rehabilitado (reverso de sus dos «arrojamientos al agujero» y sus despojamientos sucesivos). Gracias a su ciencia de los sueños, cuyo origen atribuye a Dios, es catapultado al segundo puesto del reino, segundo del faraón y depositario de su poder, con vistas a preparar al país para la grave crisis alimentaria que ha anunciado. Antes de recorrer Egipto para hacer que los graneros se llenen antes de la hambruna, recibe un nombre egipcio y una esposa, la hija de un importante sacerdote, Asenet, que le da dos hijos (41,1-53).

Después de un recorrido semejante, el lector entiende que José tenga el sentimiento de que un ciclo se cierra para él. Teniendo ahora su propia casa, puede olvidar la de su padre, mientras que lo que ha sucedido le hace además no recordar desgracias (41,51). Y si ha conocido la humillación en Egipto, su fecundidad en favor de este país –aunque también de sí mismo– ha terminado por triunfar (41,52). Es a Dios a quien José atribuye todo el mérito de esta transformación. Reconoce así que Dios ha estado con él en su humillación (39,2-5 y 21-23), y quizá también que le ha concedido la ciencia de los sueños (40,8 y 41,16), lo que confirmaría el hecho de que los sueños de los egipcios se hayan cumplido según sus interpretaciones (40,22 y 41,54).

Observaremos que, a lo largo de este itinerario, José nunca es el primero ni jamás reivindica este lugar, incluso cuando la mujer de su señor se lo ofrece en bandeja. Por otra parte, parece que, desde su triste aventura en Canaán, el joven ha adquirido ciertas cualidades que justifican también la posición que ocupa al final de su recorrido. Desarrollando ampliamente este relato, el narrador actúa de tal modo que lector sea consciente de estas cualidades del protagonista antes de abordar la continuación. Veamos esto más de cerca.

La sabiduría de José (cap. 39)

Apenas llega José a casa de Putifar, Adonay está con él. El narrador insiste en esta presencia divina junto al joven hebreo, pero sin por ello explicarla. Las historias que preceden en el Génesis pueden ayudar a comprender: ¿no está Dios con el elegido, y en particular cuando éste se encuentra en una mala situación? Éste es el argumento que parece repetirse aquí, pero hay que ver lo que el elegido va a hacer con esta asistencia.

Como para anticipar lo que sigue, la elevación de José en casa de Putifar tiene lugar en tres momentos. Asistido por Adonay, José se muestra como un servidor eficaz y es tomado como asistente personal (39,2). Viendo entonces que Adonay hace triunfar sus empresas, el señor le concede su favor y hace de él el administrador de sus bienes (vv. 3-4). Así es como la bendición desciende sobre la casa y los bienes de Putifar, que eleva a José al rango de mayordomo plenipotenciario, en quien tiene una confianza ciega (vv. 5-6a). La carrera del esclavo toca aquí un techo que jamás habría podido imaginar a su llegada a Egipto.

Es entonces cuando la posición de José, tanto como su hermosura, atraen sobre él las miradas de la mujer del señor, que le pide de buenas a primeras que se acueste con ella. La respuesta de José es categórica: no quiere traicionar la confianza de Putifar ni transgredir el único límite que lo distingue del señor. Aunque la mujer le brinda la ocasión –ofreciéndole así, por otro lado, una manera de tomarse la revancha sobre su desgraciada suerte–, José rehúsa usurpar el primer lugar, invocando a Dios para que lo apoye en su rechazo del mal (39,7-9).

Entonces la mujer lo acosa. Él hace oídos sordos. Hasta el día en que ella une el gesto a las palabras. El rechazo de José se hace entonces acción: abandona el vestido que ella acaba de agarrar para atraerle, y huye afuera. Destruyendo lo que ha adorado, la mujer vuelve la fuerza de su frustrado deseo contra aquel que se le ha resistido. Acusando a José de su propio deseo culpable, ella utiliza el signo de su inocencia –el vestido abandonado en sus manos– para acusarlo primero ante los siervos, con los que ella se alía, y después ante su marido, que, arrinconado por la maniobra de su esposa, no tiene otra solución que arrojar a su mayordomo a la cárcel (39,10-20).

Por lo que respecta a José, no se defiende de las calumnias que la mujer dirige contra él. Su ausencia de reacción

parece ser la de un sabio que sabe que no tendría nada que ganar acusando a su vez a la mujer. En efecto, ¿a quién van a creer, a la esposa o al esclavo? Pero, en un nivel más profundo, su silencio recuerda su actitud ante la agresión de sus hermanos en Dotán: ¿sería José ese justo que no se desprende de su rechazo del mal aun cuando sea víctima de él, prefiriendo detener el mal en él antes que ser una rueda de su engranaje y darle la oportunidad así de multiplicarse? Sabio y justo, José no tratará de vengarse sobre otro por la maldad de la que es objeto. Lo único que hará, más tarde, es defender su causa, pero sin acusar a nadie (40,15).

En este punto, el lector se da cuenta de en lo que se ha convertido José desde su desgracia con sus hermanos. Es un hombre decidido, sin concesión al mal, que rechaza dejar lugar a la codicia y la envidia de ser el primero, de imponerse como señor. Mal que les pese a los hermanos, que interpretaban semejante deseo en el sueño que José les contaba (cf. 37,6-8), el lector constata aquí que podrían estar profundamente equivocados. Por lo demás, José da muestras de realismo y sabiduría, también de rectitud. Cuando la desgracia le golpea, encaja los golpes como si tratara de quebrar el resorte del mal más que de resistir de frente. ¿Se ha dejado instruir por su experiencia familiar? ¿Le ha permitido madurar la estancia en la cisterna de Dotán? ¿O se trata más bien de la asistencia silenciosa pero eficaz de Adonay? El narrador no dirá nada del secreto de José.

Una sabiduría no desmentida (caps. 40 y 41)

José no reacciona con la maldad a la desgracia que le golpea, actitud sin embargo corriente en los seres humanos.

Adopta más bien una actitud de sabio, de la que aquí señalaré dos grandes características.

La primera es su solicitud con respecto a los demás. Ésta se transparenta en sus relaciones con los egipcios. Enfrentado al angustioso desasosiego de los funcionarios reales encarcelados con él, se inquieta por ellos y ofrece sus servicios con la esperanza de calmarlos (40,6-8). Del mismo modo, llevado a presencia de un faraón agitado después de una mala noche, no sólo le explica sus sueños, sino que además le da consejos, como si estuviera preocupado para no dejarle desamparado frente a la desgracia que Dios acaba de anunciarle mediante los sueños (41,33-36). Su benevolencia, sin embargo, no es servil: dirá la verdad al panadero, que se dirige a él con la evidente esperanza de una explicación tan tranquilizadora como la que ha recibido el coperero (40,16-17); y no tendrá una palabra de adulación para el rey, retirándose detrás del Dios que ha hablado (41,16.25.28.32).

La segunda característica de la actitud sabia de José es su manera de tratar de arreglárselas, pero no a cualquier precio, como lo muestra su comportamiento frente a la mujer de Putifar. Para sustraerse a su desgracia, José da muestras de inteligencia e iniciativa. No sólo se muestra como un servidor diligente y eficaz. Sino que, sobre todo, aprovecha las buenas ocasiones. Habiendo anunciado al coperero su próxima rehabilitación, no deja de presentarle su súplica para que intervenga en su favor y le saque del agujero en que le han metido por error (40,14-15). Pero es sobre todo ante el faraón cuando su agudeza se despliega. Cuando el rey le pide que explique sus sueños, José cumple la orden invocando la figura de un Dios que concede el don de la interpretación. Después, jugándose lo todo, no se queda en el desciframiento de los sueños: prosigue su impulso y aconseja al rey para que aborde mejor la crisis futura que, amenazando la fecundidad del

país y la vida de sus habitantes, corre el riesgo de desestabilizar gravemente su poder (41,16.25-36).

Se percibe perfectamente en José ese oportunismo de buena ley que le impulsa a tratar de salir de un apuro a la vez que presta a los otros un valioso servicio. ¿No será por eso por lo que también menciona frecuentemente a Dios al hablar con el faraón, hasta el punto de que éste no vea a nadie que, como él, haya sido revestido del espíritu de Dios? ¿No le sugiere encontrar un hombre sabio e inteligente para confiarle el futuro del país, esperando sin duda, aunque sin decirlo, que la brillante demostración a la que se ha entregado le valga ser elegido para ese puesto?

José espera su rehabilitación, como los demás. Con inteligencia, hace lo que sea preciso para que al final algo de sus sueños se concrete, hasta el punto de que al lector le entran ganas de decir con el rey que «no hay hombre tan inteligente y sabio como» él (41,39), incluso que no hay nadie como él «en quien esté el espíritu de Dios» (v 38). En cuanto a su capacidad en la interpretación de los sueños, no es más que un aspecto entre otros de la sabiduría que le caracteriza en el momento en que asegura el futuro de su país de acogida, pronto castigado por el hambre, y que él mismo piensa ver el final de sus sinsabores.

Conclusión

José, segundo en la casa de su padre al comienzo de la historia (37,3), llega a serlo después en la casa de Putifar (39,5-6) y más tarde en la «casa del depósito» donde está preso (39,22-23), antes de acceder por último a ese lugar en casa del mismo faraón (41,40.44). Con la ayuda de Adonay, la sabiduría que él ha sabido cultivar le ha permitido superar las pruebas que le han infligido sucesivamente los celos y el odio de sus hermanos, la venganza de la mujer

de Putifar y la ingratitud del copero. Nunca se le ve obrar mal para salir de ellas; se limita a sacar provecho inteligentemente de las oportunidades que la vida le ofrece.

Si José está asistido por Dios (39,2-5.21.23), muestra igualmente hacia él una relación sincera (39,8; 40,8 y 41,16), incluso aunque haya podido encontrar oportuno subrayarlo en circunstancias en que eso haya podido serle útil (40,8; 41,16.25-32). A fin de cuentas, cuando nombra a Dios relejendo su historia personal, José muestra que cree realmente que Dios ha sido un actor esencial en su devenir (41,51-52). Lo hará en el momento en que afirme que todo está bien si bien acaba, pasando página de un pasado doloroso que de momento cree superado.

Jacob y sus hijos

En este punto del relato, la tensión que existe entre Jacob y sus hijos desde el final del acto I se reaviva. En 37,34-35, el padre había rehusado dejarse consolar por la desaparición de su hijo predilecto, prefiriendo esperar ir a unirse en el duelo en el seol. En 42,1-2, cuando vuelve al primer plano de la escena, Jacob parece de nuevo preocupado por vivir: ¿acaso no es para asegurar la vida de todos el que sacuda la apatía de sus hijos y los envíe a por provisiones a Egipto? Es entonces cuando el narrador desliza una información que sugiere que un nuevo elemento de tensión ciertamente se ha instalado entre el padre y los hijos.

Benjamín, un nuevo José (42,3-4)

«Diez de los hermanos de José bajaron a Egipto para comprar trigo. Pero Jacob no permitió que Benjamín, el

Es claro, a los ojos del lector, que este «desenlace» vivido subjetivamente por José es eminentemente provisional. Pues, aunque pone fin a las desgracias en cadena que el joven ha vivido desde que sus hermanos lo despojaron de su túnica, de ninguna manera arregla la crisis familiar del comienzo. Ésta apenas tardará en reaparecer en la superficie. En el momento en que la penuria anunciada por José se pone a castigar con severidad, el lector presiente que será ocasión para reencontrarse familiares, ya que el narrador precisa inmediatamente que golpea a «todo los países», países que van a ser tomados de improviso (41,54). Los extranjeros, por lo demás, no tardan en llegar a Egipto para comprar allí a José el trigo necesario (41,57).

hermano de José, fuera con sus hermanos, pues había dicho⁴: “No vaya a sucederle alguna desgracia”» (42,3-4). La situación recuerda 37,12, cuando los hermanos se habían ido a Siquén mientras que José se había quedado con su padre. Esta repetición traduce en realidad un retroceso: mientras que antes corrió el riesgo de enviar a José con sus hermanos, esta vez Jacob no «envía» a Benjamín con ellos. Así es como el lector se da cuenta de que se reproduce con el otro hijo de Raquel la separación que había estado en el origen de todos los problemas familiares, y la precisión de que Benjamín es el «hermano de José» lo subraya a su manera (42,4). Quizá, además, el padre haya mostrado de nuevo unas ciertas ganas de vivir precisamente porque ha encontrado un sustituto al desapareci-

4. O: «Se decía». Las palabras que se citan a continuación pueden representar el pensamiento de un personaje.

do, aunque ciertamente Benjamín no reemplaza enteramente a su hermano.

Hay que añadir que el padre parece desconfiar de sus otros hijos. Es verdad que la justificación que (se) da en el v. 4 es alusiva. Pero basta para que el lector se dé cuenta de que la desgracia de José continúa atormentando más que nunca al anciano padre, y que la incertidumbre en cuanto a la suerte real del desaparecido y al papel desempeñado por sus otros hijos hacen que Jacob desconfíe con respecto a ellos. Así pues, aparentemente Benjamín ha reemplazado junto al padre a aquel de quien es hermano, desconfianza aparte. Esta situación desencadenará el conflicto que precede al segundo viaje a Egipto.

Conflicto abierto (42,29-38)

Cuando los nueve hermanos vuelven de Egipto a casa de su padre, sin Simeón, retenido como rehén por el señor egipcio, cuya verdadera identidad ignoran, se encuentran ante Jacob como a su regreso de Dotán tras la desaparición de José. Ahí están, pues, obligados a dar explicaciones más detalladas que veinte años atrás. En el relato que hacen a Jacob de su viaje se esfuerzan al máximo por no herirle amañando los hechos: ni una palabra sobre sus tres días de cárcel ni sobre la prisión de Simeón, que sólo habrían dejado allí esperando volver para probar su buena fe. Por el contrario, insisten en la bondad de José, que ha proporcionado víveres y promete dejarles comerciar en Egipto cuando haya visto a Benjamín. En ningún momento dicen que la venida de éste a Egipto es para ellos una cuestión de vida o muerte (42,30-34, cf vv 18-20).

El lector percibe de entrada el cambio: la voluntad de manejar al anciano padre es evidente. Para los hijos ya no se trata de hacerle sufrir. Se inicia un cambio entre

ellos, pero siempre marcado por el mismo disimulo. Por tanto, no hay ilusión. Lo que les importa es primeramente y sobre todo persuadir a Jacob para que deje ir a Benjamín, lo que difícilmente conseguirán si lo toman a contrapelo. Queda que, si actúan así, es porque tratan de liberar a su hermano retenido como rehén. En resumen, las cosas siguen siendo ambiguas, aunque ellos empiezan a moverse...

Jacob no ha respondido nada a las explicaciones de sus nueve hijos. Pero la visión del dinero que sacan a continuación de sus sacos le asusta. Su respuesta cae entonces como una cuchilla: «Vosotros me vais a dejar sin hijos. José desapareció, Simeón tampoco está aquí, ¿y queréis llevarme a Benjamín? ¡Todo se vuelve contra mí!» (42,36). Bajo el golpe del miedo, por fin Jacob dice a sus hijos la verdad tal como él la ve. La acusación es tan cortante como elíptica. Pero es clara. Simeón está ausente y ellos tienen dinero: ¿lo habrán vendido? ¿Y entonces José? ¿Y que harán con Benjamín, al que reclaman ahora? Verdaderamente quieren su desgracia. Esto es lo que Jacob piensa de sus hijos. Y se lo dice claramente. Y aunque es injusto con ellos en las actuales circunstancias, el lector sabe que, por el contrario, tiene toda la razón por lo que respecta a José.

Rubén, que ya se ha mostrado preocupado por su padre cuando los otros tramaban contra José (cf. 37,21-22), interviene entonces con la esperanza de forzar la confianza de Jacob. Está tan seguro –dice– de devolverle a Benjamín que está dispuesto a ver morir a sus hijos si falta a su palabra. Pero no consigue nada: sin siquiera responder a su hijo mayor, Jacob comunica su decisión: «Mi hijo no bajará con vosotros». Y, para justificar este rechazo, insinúa que la desgracia que teme para Benjamín está ligada, aunque parezca imposible, a sus otros hijos, que lo harían morir a él si le privaran de su hijo amado (42,38).

La crisis entre el padre y los hijos se ha exacerbado, como se ve, a causa del apego casi malsano al primero de los hijos de Raquel y de su desconfianza hacia los segundos, una antigua desconfianza confirmada en su opinión por lo que se ha producido en el momento de su regreso. La mentira de antaño a propósito de José ha producido una situación tal que la actitud del padre corre el riesgo ahora de privar a los suyos de cualquier oportunidad de vida y de salvación. Asimismo, aunque los hermanos han evolucionado gracias a su encuentro con aquel que ellos creen que es el señor de Egipto, su pasado se les pega a la piel, mientras que el presente parece dar razón de la desconfianza de Jacob hacia ellos. Una vieja historia de veinte años no se borra de un plumazo... En todo caso, después de la categórica respuesta de Jacob, los hermanos no insisten más, como resignados a dejar a Simeón en Egipto.

Jacob cede a Benjamín (43,1-14)

En efecto, los hermanos y su padre ignoran que el hambre va a durar años, al contrario que el lector, que, mejor informado que ellos, sabe que el asunto volverá sobre el tapete una vez que se agoten las reservas. Efectivamente, cuando falten los víveres, Jacob pide a sus hijos que vuelvan a Egipto. Su petición es tímida, sin ninguna alusión al incidente del regreso. Pensaríamos que Jacob teme despertar un monstruo dormido: no está seguro de que sus hijos le hayan mentido, aunque se pueda imaginar lo que le aguarda, visto su temor de perder a Benjamín.

Judá interviene entonces con determinación, describiendo claramente la situación. No es posible encontrarse con el egipcio sin Benjamín, recalca, pues sin este último hermano el egipcio no aceptará recibirlos (43,3b 5b). En estas condiciones, todo depende de Jacob y de su disponibilidad para «enviar» a su hermano con ellos (vv. 3b-5a). Se le

ofrece, pues, una alternativa sencilla, y de su elección depende la posibilidad de un nuevo viaje. El discurso tiene el mérito de la claridad: define las responsabilidades de cada parte. Al decir a su padre «Si dejas ir a nuestro hermano con nosotros», Judá le pide solamente que confíe en su capacidad para tratar a Benjamín como hermano, respondiendo así indirectamente a la acusación lanzada en 42,36. Pero, al mismo tiempo, Judá sugiere lo que hipoteca el futuro: que Jacob se considere el padre de uno solo («mi hijo», decía de Benjamín en 42,38) y que encierre a sus otros hijos en sus errores pasados.

Al escuchar este discurso, Jacob siente probablemente que la partida está perdida. No obstante, opone una última resistencia, una queja tan desesperada como vana: colocándose como víctima (que lo es, por otra parte), se queja una última vez de sus hijos, que responden protestando de su buena intención (43,6-7). Judá corta por lo sano los plazos de unos y de otros. Esta vez ya no argumenta. Pide sin rodeos a su padre que le confíe a Benjamín, clarificando lo que está en juego: ni más ni menos que la vida de todos, incluidos los hijos (43,8). Judá tiene razón: si Jacob, por su temor a morir (cf. 42,38b), continúa queriendo conservar a Benjamín junto a él, todos perecerán, sacrificados por el padre por uno solo de sus hijos, condenado pronto él mismo a una muerte segura. Así pues, es preciso que Jacob acepte perder todo si quiere que todos «vivan y no mueran», lo que era su deseo explícito (43,8, cf. 42,2). Pero, ¿se mostrará como un verdadero padre aceptando dejar a Benjamín y fiándose del sentido de fraternidad de sus hermanos? Por su parte, Judá se compromete en primera persona a mostrarse hermano con Benjamín y a devolverlo sano y salvo a su padre.

Entonces, con la muerte en el alma, Jacob cede. Apostando a pesar de todo por la honradez de sus hijos, les entrega regalos destinados a ablandar al egipcio, así como el dinero

con vistas a desactivar una eventual acusación de robo. Pone así todas las oportunidades de su parte para el peligroso viaje. Después les confía a Benjamín, llegando incluso a llamarlo «vuestro hermano» (43,11-13). Sus últimas palabras, sin embargo, muestran que él se encomienda sobre todo a El-Sadday, el Todopoderoso, contando con que inspire piedad tanto a sus hijos como al egipcio con el que se van a enfrentar⁵. En cuanto a él, añade con una especie de resignación desgarradora que apela indirectamente a la piedad de sus hijos, acepta encontrarse privado del hijo (43,14).

Seguramente el lector asiste ahí a un primer desbloqueo en la crisis familiar. Para que todos vivan, Jacob renuncia a conservar para sí solo a un hijo del que piensa que es indispensable para su supervivencia y su bienestar. Sin renegar de su amor de predilección, modifica radicalmente la forma de vivirlo que había constituido, al principio, el primer obstáculo para la formación de una fratría: separar a un hermano de los otros y condenarlos a todos al odio celoso. Sus últimas palabras dan a entender que, a sus ojos, ha llegado a un desenlace. Bajo la presión de los acontecimientos y de Judá, para él se ha producido un profundo y costoso cambio, hasta el punto de estar dispuesto a todo a partir de ahora, aunque evidentemente espere volver a ver a Benjamín y a Simeón (43,14a).

Jacob y José reunidos

Si para Jacob la partida de Benjamín corresponde al final de un duro combate, es evidente que, para el lector, la

5. Las traducciones corrientes simplifican el comienzo del v. 14, que Edmond Fleg traduce como sigue: «Que Dios Todopoderoso os dé compasión ante el hombre...» Es decir, que Dios aplaque a ese hombre, pero también que os inspire piedad hacia vuestro hermano cuando estéis ante el egipcio

tensión todavía no se ha calmado. Más bien se encuentra reforzada, y el padre permanecerá en el horizonte de los acontecimientos que van a producirse en Egipto entre los hermanos (43,15-45,15). Por lo que respecta a Jacob, no se verá el resultado más que al regreso de sus hijos (45,16-28). Sin embargo, en un primer momento, cuando ellos le anuncian que José está con vida y que es señor en Egipto, no les cree. Su corazón sigue estando frío, dice el narrador (45,26). Sólo será a la vista de los carros enviados por José para llevarlo a Egipto cuando reviva, restableciendo finalmente la esperanza de volver a ver a su hijo vivo (vv. 27-28). De esta manera, el signo enviado por José es lo que hace que su padre crea en las palabras de sus hijos: indirectamente, por tanto, es José quien restaura en su padre la confianza en sus otros hijos, confianza quebrantada antaño, cuando éstos le informaron de la desaparición de su hermano de la manera que conocemos.

La buena noticia llevada por los hermanos reaviva, pues, la espera de Jacob, para quien el verdadero desenlace tendrá lugar cuando, después de haber llevado a todo su clan a Egipto como respuesta a la invitación de José, se halle con que éste viene a su encuentro. La emoción es tan intensa que el relato es breve: padre e hijo se abrazan el uno al otro, con abundantes lágrimas del segundo. Y como para subrayar que, para él, ya ha terminado todo, Jacob grita: «Ahora ya puedo morir, porque te he visto y estás vivo» (46,30).

Conclusión

Un aspecto importante de la crisis familiar, como hemos dicho al principio, tenía que ver con las difíciles relaciones entre Jacob y sus hijos por el hecho de su amor de predilección por el «hijo de su vejez» (37,3). Esta crisis se cierra

con el encuentro de Jacob y José, tanto tiempo separados el uno del otro. El desenlace se hace posible por los otros hijos, incluso por aquellos que habían roto con violencia el vínculo privilegiado que unía a Jacob y José. En este sentido, apenas puede extrañarse que Jacob envíe a Judá por delante para preparar el encuentro (46,28): ¿no ha sido él quien ha logrado que se decidiera a confiarle a Benjamín? Pero también es significativo que éste que ha desempeñado un papel decisivo en la separación entre Jacob y José presida su reencuentro.

La continuación del relato prolonga este desenlace a la manera de un epílogo. Pienso en particular en la confirmación de la preferencia paterna por José, cuando Jacob adopte y bendiga a sus dos hijos nacidos en Egipto (cap. 48) y cuando reconozca públicamente la función privilegiada que ha desempeñado para la vida de la familia (49,23-27). Pero los otros hijos tampoco serán olvidados, particularmente Judá, cuya acción primero con Jacob (43,1-9) y después con José (44,14-34) habrá sido determinante para conjurar la desgracia de la familia. Tendremos ocasión de volver sobre ello más adelante. Pero primeramente hay que volver a contemplar por qué rodeos aquellos que habían separado a Jacob y José han vuelto a reunirlos. Para ello, lo que hay que examinar es la evolución de la relación fraterna.

Génesis de la historia de José

A partir de frecuentes dobles, la hipótesis documentaria distinguía dos fuentes en Gn 37-50 la «yahvista», en la que Jacob es llamado Israel y donde Judá desempeña un papel de primer orden, y la «elohísta», que emplea el nombre de Jacob y pone de relieve la figura de Rubén. Desde 1970, la hipótesis está prácticamente abandonada. En efecto, el procedimiento de repartir el material entre estas fuentes conduce a dos historias incompletas, mientras que las características literarias, psicológicas y teológicas se encuentran de un extremo al otro del relato.

Otra corriente explica la génesis de la historia de José a partir del modelo del crecimiento progresivo. D. B. Redford (1970) postula un relato original «Jacob-Rubén», retomado después por un autor que reelabora este relato transfiriendo, entre otras cosas, los méritos de Rubén a Judá. Este relato modificado es retomado entonces por el redactor de Gn, que hace algún que otro añadido. Otros, como H. C. Schmitt (1980), ven las cosas al revés, un relato «yahvista» reelaborado del que da testimonio el papel concedido a Rubén. En general, los partidarios de esta hipótesis ven en los capítulos 38 y 39 elementos añadidos.

Una variante de esta hipótesis imagina un relato de partida esencialmente unificado que apenas ha conocido modificaciones, a excepción de algunas adiciones, especialmente destinadas a ligar la historia a su contexto. En este sentido encontramos ya a S. Mowinkel (1964) y, más recientemente, a C. Westermann (1982). Muchos autores modernos optan por este modelo, pensando que el relato tiene una prehistoria y que debió de estar sometido a adaptaciones, pero el trabajo ha sido hecho de tal manera que es inútil pretender remontarse a los orígenes del relato unificado.

A la búsqueda de desenlaces, 2: José y sus hermanos

Al final del primer acto (cap. 37), la tensión entre José y sus hermanos quedaba anulada: despojado de su túnica y arrojado a la cisterna, el joven hermano había desaparecido después y los otros le daban por muerto ante su padre.

Cuando el hambre lleva a los diez hijos de Jacob a Egipto ante José, el lector se da cuenta de que lo que sucedió hace veinte años va a tener nuevas repercusiones. A partir de ese momento, la tensión sube de golpe, dado que José no es reconocido por sus hermanos. El momento en que se quite la máscara y se dé a conocer (45,1-3) repre-

senta en este sentido un desenlace. Pero veremos en qué sentido, a falta de ser completo, prepara un contragolpe. Conduciendo a este desenlace, varias escenas hacen que crezca la tensión, tanto para los hermanos, poseídos por una antigua culpabilidad, como para el lector, que se pregunta de qué modo quiere José llegar a ellos.

Diez hermanos bajo presión (42,5-28)

Cuando los hermanos llegan a Egipto, las cosas han cambiado mucho: ya no están en condiciones de imponer a José su aplastante autoridad, como antaño en Dotán. Sucede exactamente al revés. Si forman parte de aquellos que vienen a comprar alimento (v 5a), él es el señor del país y vende el grano en persona (v 6a) el reencuentro es, por tanto, inevitable y será forzosamente desequilibrado, como lo señala de entrada la postración de los hermanos (v. 6b)

Brusquedad y duda (42,5-16)

Sin embargo, esta inferioridad social de los hermanos frente al señor egipcio no es nada en relación con la superioridad que confiere a José el hecho de saber quiénes son, mientras que ellos ignoran con quién están tratando (vv 7-8). Porque no lo reconocen, aunque se postren

en un contexto que recuerda el primer sueño escuchado de labios de José (37,5-8). Éste se acuerda entonces de su sueño: ¿qué va a hacer? ¿Dominar a sus hermanos como señor, según la interpretación que ellos le habían dado, o reunir la fratría en torno a él gracias al poder que le confiere su posición central?

En todo caso, al dirigirles duras palabras, José parece querer retomar la relación allí donde estaba en el cap. 37, cuando la palabra no podía servir para construir la paz (cf. v. 4). Él utiliza su doble superioridad –poder y saber– para dejar a sus hermanos en una mala posición: los acusa de espionaje e insiste cuando ellos se esfuerzan por convencerle de su honradez. Hay que decir que es muy difícil defenderse de semejante acusación, y los hermanos no encuentran otra salida que hablar de su familia –¿se puede uno imaginar a diez hermanos todos espías?– y decir la verdad –¿se puede mostrar que no se es hipócrita de otro modo más que siendo sincero?–

Este modo de defenderse hace a los hermanos cada vez más vulnerables frente a un José que parece disfrutar remachando el clavo, hasta el momento en que se abra una falla: ellos hablan del hermano pequeño, que «se ha quedado con nuestro padre» (42,13). Porque, al escuchar la mención de su hermano Benjamín, José parece quedar atrapado por el deseo incontrolado de volverlo a ver –aunque no fuera más que para verificar si sus hermanos se han desembarazado de él–, pretextando la voluntad de verificar sus alegaciones. Así pues, exige verlo: que envíen a uno de ellos a recoger a ese hermano para mostrar que son honrados como dicen (vv. 14-16). Después, de manera inesperada, los pone a todos bajo arresto durante tres días. Al hacer esto les impone lo que ellos le hicieron sufrir antaño, cuando lo arrojaron a la cisterna privándole de libertad y dejándolo en la angustiada incertidumbre del mañana (v. 17).

La lectura de esta escena desconcierta al lector. En efecto, el narrador no revela nada de los pensamientos e intenciones de José. ¿Ha decidido vengarse de sus hermanos, haciéndoles pagar lo que ellos le infligieron antaño, cuando él mismo fue entregado a su odioso y discrecional poder? ¿O, por el contrario, insiste porque constata que la falsa acusación da frutos de verdad, revelando en sus hermanos una culpabilidad enterrada desde hace mucho tiempo, preludio de un posible camino hacia la fraternidad? En realidad, la incertidumbre a la que el narrador conduce al lector es quizá el reflejo de la duda del propio José. Atrapado en una situación inesperada al volverse a encontrar con sus hermanos de manera inopinada, agitado sin duda por sentimientos contradictorios, José parece improvisar ante ellos, que no lo reconocen⁶, actuando de tal modo para retenerlos junto a él.

Prueba y verdad (42,18-28)

Después de tres días, José ha modificado su plan, y la dureza cede su puesto a una cierta clemencia. Mencionando su temor de Dios, suaviza la prueba, remitiéndolos a todos con víveres para su familia, a excepción de uno solo, que se quedará como rehén. Incluso el tono de sus palabras se hace más agradable, aunque la prueba permanece inalterable, de modo que ellos deberán dar muestras de su honradez trayendo a su hermano menor. Su preocupación, dice, es «que vivan... y no mueran» (42,18-20). Se une así a la voluntad de Jacob (v. 2), precisando, no obstante, que la vida de ellos depende no sólo de los ví-

6 Ellos ni siquiera abren los ojos cuando dicen que «el otro [el único] desapareció», mientras que está precisamente ante ellos (v. 13b)

veres que les entrega, sino también de palabras verdaderas, y por tanto fiables, sobre las que basar una relación justa, también depende de su sentido de la fraternidad, que, si no han eliminado ya a Benjamín, los empujará a volver con él para liberar al que se queda en Egipto.

Como vemos, mediante esta prueba, José establece un dispositivo para permitir a los otros mostrarse como hermanos y dar muestras de que es posible fiarse de ellos, en resumen, de mostrar que han cambiado en relación con lo que eran veinte años antes. Los tres días de arresto impuesto a los hermanos parecen haberle permitido reflexionar y poner a punto una estrategia consciente más allá de la duda del primer encuentro, que debió de pillarle desprevenido. ¿Se da cuenta José de que la prueba que impone a sus hermanos lo será también para Jacob, a quien va a privar de Benjamín? ¿Es consciente de que al enviar a sus hermanos sin uno de ellos les obliga a repetir una situación que se produjo veinte años antes, cuando volvieron de Do-tán sin él, y en la que tuvieron que afrontar la tristeza inconsolable de Jacob? Aunque el lector lo ignora, no tarda en percibir, por el contrario, el efecto positivo de esta prueba.

Tras haber conocido desde dentro la suerte de su hermano, al que privaron de libertad y de futuro, los hermanos se sitúan frente a la angustiada perspectiva de volver a encontrarse con su otra víctima, Jacob, en circunstancias que recuerdan lo que pasó antaño. No hace falta más para que su culpabilidad suba a la superficie y se digan unos a otros -como cuando tramaban su complot- cual fue su verdadera falta entonces: rehusar escuchar a su hermano, quien, desde el fondo del desamparo, gritaba hacia ellos y les suplicaba. La angustia que experimentan ahora los remite a la que vieron en José sin ser sensibles a ella. Igual que entonces, Ruben se aparta de los demás, reprochándoles no haberle escuchado y viendo en lo que viven ahora el castigo por su culpa pasada (42,18-21)

Aunque estén en presencia de José, no saben que él los comprende. En efecto -añade el narrador-, un traductor está presente. Así pues, por sí mismos han desvelado la verdad sobre su pasado. Ahora bien, José comprende: se da cuenta de que lo que ha hecho hasta ahora da su fruto de verdad, también se entera de que no todos eran cómplices. Entonces se aparta para llorar, como inundado por su afectividad -enfrentado con sentimientos múltiples- y por la tensión interior que provoca el disimulo, que ha hecho posible el avance del que es testigo. Aunque el narrador no explicita nada de lo que revelan y ocultan esas lágrimas, el hecho de mostrar a José llorando en secreto levanta para el lector una esquina del velo sobre la tensión interior que vive: no estamos ante un señor cínico que disfruta jugando con su presa. Detrás de la apariencia se oculta un hombre, sin duda un hermano.

Al enviarlos, José encierra a Simeón ante sus ojos, invitación indirecta a volver a liberarlo lo más rápidamente posible. Al mismo tiempo hace que pongan el dinero del trigo en los sacos. Ahí encontramos ciertamente un gesto de generosidad. Pero el dinero devuelto también significa, sin duda, que los hermanos tienen una deuda con José, mientras que servirá para mantener la presión sobre ellos incluso cuando estén lejos (lo constataremos cuando acampen por la noche: 42,27-28). Por otra parte, la prueba a la que son sometidos se refuerza: si entre los hermanos el incentivo del lucro prevalece sobre el sentido de la fraternidad, pudiera ser que abandonaran a Simeón a su triste suerte en Egipto, como lo hicieron antaño con José...

Conclusión

Esta escena de singulares reencuentros entre José y sus hermanos reaviva poderosamente la tensión entre ellos

Las posturas se han invertido con relación al acto I, pero, en todo caso a partir del tercer día, José parece sacar provecho de su situación de superioridad (poseedor del poder, el alimento y el saber) para tratar de realizar su antiguo deseo: encontrar hermanos (cf. 37,16-17). Pero la realiza-

ción de su deseo depende en buena parte de los otros y de lo que ellos hagan a su vuelta a Canaán. Porque, aunque ya hayan dado pasos hacia la verdad, aún falta que muestren que han progresado suficientemente para que la fraternidad tenga una oportunidad entre ellos.

En torno a Benjamín (43,15-44,34)

En Canaán, las relaciones de los diez hermanos con el padre han sido difíciles (cf. capítulo II, pp. 21-25). Éste se ha mostrado remiso al deseo de ellos de partir inmediatamente con Benjamín para ir a liberar a Simeón. Únicamente la presión combinada del hambre y del discurso, a la vez lúcido y firme, de Judá ha logrado convencer a Jacob para dejar partir a su hijo pequeño hacia Egipto con sus hermanos. ¿Es esta autonomía adquirida con respecto al padre la que hace que los hermanos sean llamados «los hombres» por el narrador? Sin embargo, este progreso no es el último paso: aún les hace falta mostrar que están dispuestos a ser hermanos.

Señales sin respuesta (43,15-34)

Llegados a Egipto, los hermanos son puestos inmediatamente en ascuas. José, que sin embargo ha visto a Benjamín, no les dirige una palabra y los hace acompañar a su casa por su mayordomo, diciéndole en un aparte que los invite a comer con él. Mientras el lector se pregunta lo que maquina José, los hermanos se mueren de miedo. Pensando en el dinero encontrado en sus sacos, se imaginan que les detienen por ladrones y que ahora van a pagar. Sus largas justificaciones hacen pensar que la culpabilidad está en ellos a flor de piel. Pero el mayordomo los

tranquiliza; libera a Simeón y los recibe como auténticos huéspedes. La tensión decrece para ellos: es la calma tras la tempestad, mientras aguardan al señor (43,15-25).

Cuando llega, éste se muestra acogedor, mucho más clemente incluso que durante su segunda conversación, durante el primer viaje. Se informa sobre la salud (literalmente, la «paz») de su anciano padre, antes de interesarse de cerca por Benjamín, en quien reconoce a «su hermano, el hijo de su madre». Y, deseándole la gracia de Dios, casi pronuncia su nombre («hijo mío», dice; en hebreo, *b^{ní}*, el comienzo de «Benjamín»). Entonces, por segunda vez, busca precipitadamente un lugar aparte para llorar. Esta vez la emoción le embarga «a propósito de su hermano»: un hermano que no le ha reconocido y por el que no quiere ser reconocido, como si su presencia no garantizara de ninguna manera que los otros hayan cambiado. En todo caso, si José se contiene de nuevo es porque considera que aún no ha llegado el momento de revelarse (43,26-30).

No obstante, el lector atento puede olfatear algo del deseo de José. En efecto, a lo largo de este encuentro y de la comida que sigue, acumula indicios susceptibles de permitir que sus hermanos lo reconozcan por sí mismos. Ya la doble prostración ante él los remite a los sueños que les había contado. En cuanto a la solicitud de la que da

muestras con respecto al padre y sobre todo hacia el hermano pequeño, al que ha reconocido sin que se lo señalen, subraya la benevolencia que atestigua la invitación a comer. Allí se disponen tres mesas para respetar la prohibición egipcia de no comer con los hebreos. Ahora bien, José come solo, cosa extraña: ¿será que no es egipcio? Además, hace colocar a los hermanos por orden de nacimiento, de lo cual se extrañan. Durante la comida muestra una evidente preferencia por el más joven, reproduciendo así un esquema familiar conocido por todos. Por último, alegrándose con ellos, se deja llevar por una familiaridad inesperada (43,32-34). Sin embargo, a pesar de todos estos detalles curiosos que podrían despertar en ellos sospechas en relación con la identidad de su anfitrión, «los hombres» siguen ciegos, sin duda contentos de que todo esté bien si bien acaba...

En resumen, si para los hermanos la tensión es casi nula, ciertamente no lo es para José, ni para el lector, que se pregunta si las cosas van a parar ahí y si los esfuerzos de José van a resultar decididamente vanos.

La prueba de la fraternidad (44,1-13)

José no parece darse por vencido: da órdenes para que se llenen los sacos de trigo y que se ponga en ellos el dinero (la deuda no ha sido pagada aún, puesto que los hombres no han reconocido a su hermano). Igualmente hace colocar su propia copa de plata en el saco de Benjamín. De esta manera, aunque ignorando las intenciones de José, el lector aguarda una consecuencia, al contrario que los «hombres», que están a punto de abandonar la ciudad.

Apenas parten son alcanzados por el mayordomo, encargado de acusarlos de haberle pagado mal por bien; men-

ciona con medias palabras aquello de lo que José se sirve para beber y para adivinar, reprochándoles un perjuicio indeterminado. La acusación resulta alusiva y, por su evidente falsedad, el lector sabrá reconocer en ella la verdad: el bien que José ha hecho la víspera a sus hermanos no ha sido recompensado con un bien esperado (el reconocimiento de su hermano). Por lo que respecta a la copa, simboliza algo precioso que pertenece a José, y de lo que los hermanos le privan llevándose: ¿no será la fraternidad, es decir, precisamente eso gracias a lo cual ha «adivinado» el orden para colocar a los hermanos en la mesa, lo que le ha permitido saber que el pequeño era el objeto de una preferencia, lo que le ha empujado a alegrarse con ellos? Sobre este punto, por lo demás, ¿no es Benjamín, el verdadero hermano de José (43,29), el que ha recibido más que los otros (43,34a), de alguna manera más culpable que los demás?

Acusados de semejante fechoría, los hermanos, que no pueden captar la alusión oculta, protestan por su inocencia. Instados a probar su justicia, ponen a Benjamín en peligro de muerte, puesto que ésa es la pena que proponen para aquel que sea sorprendido en flagrante delito, quedando los demás como esclavos. El mayordomo recitifica: sólo el culpable será castigado, y se convertirá en esclavo. En realidad, el lector percibe cómo aflora aquí el fondo de la estratagema de José, que crea una situación en la que va a poder probar el sentido de la fraternidad de sus hermanos. En efecto, les ofrece la posibilidad de desprenderse, esta vez con una buena razón, del segundo hijo de Raquel, el preferido del padre, abandonándolo a la suerte que ha conocido su hermano, la esclavitud en Egipto. ¿Repetirán o no lo que hicieron antaño con José? Su reacción ante el descubrimiento de la copa en Benjamín deja pocas dudas al lector. Mostrando de qué manera están desgarrados, arrancan sus vestidos, como hizo

Jacob ante la noticia de la pérdida de José, vuelven a cargar sus animales y, como un solo hombre, entran de nuevo en la ciudad, solidarios con su hermano pequeño

Una vez en presencia de José, los hermanos acamparán en esta posición, con Judá a la cabeza, él que se ha ofrecido como garante del hermano pequeño ante su padre. ¿Será para sugerir que la fraternidad está a punto de nacer por lo que el narrador deja entonces de llamarlos «los hombres» para volver a denominarlos «hermanos» (v. 14)?

Finalmente capaces de fraternidad (44,14-34)

Ante aquel que los acusa, Judá no busca justificación y pasa a las confesiones. «¿Qué podemos contestar a mi señor? ¿Qué podemos decir para justificarnos? Dios ha descubierto la culpa de tus siervos. Aquí nos tienes, somos tus esclavos, tanto nosotros como aquel en cuyo poder fue hallada la copa» (v. 16) Se observará que imputa una falta a todos, distinguiendo, no obstante, a aquel en quien se ha encontrado la copa. Todos merecen la misma suerte, dice, la esclavitud en Egipto. ciertamente Benjamín, porque ése es el castigo que ha indicado el mayor-domo para el robo; los otros, en razón de una falta oculta que Dios acaba de descubrir y por la cual merecen la misma suerte que ellos reservaron a la víctima de su antiguo crimen.

Pero José, prosiguiendo el juego, rechaza que los «inocentes» sean condenados; repite que sólo el «culpable» será castigado. Al hacer esto no ignora que condena al único inocente y libra a los culpables. Y Judá, que ha evitado acusar a Benjamín de robo al designarlo como «aquel en quien se ha encontrado la copa», también lo sabe, mientras que conoce el crimen de los hermanos, del

que ha dicho que Dios lo ha sacado a la luz. Además, al invitar a Judá y a sus hermanos a volver «en paz con vuestro padre», José trae a primer plano a la otra víctima, que ha tenido que padecer sus actuaciones y para quien ya no será posible ninguna paz si no se hace nada para salvar a Benjamín (v. 17).

Un inocente condenado, un padre que ya no conocerá la paz. De éstos es de los que Judá, en un discurso largo y desgarrador, hablará al egipcio con intención de conmoverlo: le suplica que libere al primero para proteger al segundo y evitar así a los hermanos que provoquen la muerte de su padre (44,31). De forma repetitiva, retomando la historia reciente, Judá menciona la relación privilegiada y vital que une a Jacob con Benjamín, insistiendo en cuatro ocasiones en la muerte del anciano, que no podrá soportar la pérdida de un segundo hijo (vv. 20-22, 27-29, 30-31 y 34). Pero una salida así no es fatal –añade–, puesto que se ofrece para quedarse como esclavo en Egipto en lugar de su hermano, haciendo honor así al compromiso adquirido ante su padre (vv. 32-34). Así pues, le corresponde al señor egipcio tomar la decisión: ¿puede rechazar un sacrificio semejante?

Al hablar así, Judá ignora que se dirige a un hermano que entiende mucho más que lo que lo que se considera que comprende el señor egipcio. José constata así cuánto han cambiado los hermanos cuyo portavoz es Judá. No sólo se muestran solidarios con su hermano menor en lugar de aprovecharse de la ganga para desembarazarse de él. Incluso llegan a aceptar a su padre tal como es, con la preferencia que les ha hecho sufrir en otro tiempo y ha generado entre ellos odio y envidia. En cuanto a Judá, que antaño había propuesto vender a su hermano, lo vemos tomar el lugar del verdadero culpable y mostrarse dispuesto a sufrir él solo la suerte que no hace mucho había imaginado para José: ser esclavo en Egipto. Al aceptar así

pagar por su culpa pasada se interpone con la esperanza de salvar el amor que une a su padre y su hermano.

Conclusión

Esta larga súplica revela que estas personas, con Judá a su cabeza, están finalmente preparadas para la fraternidad. En efecto, lo que al comienzo de la historia había provocado el odio y la violencia (cf. 37,3-4), da lugar ahora al sacrificio de

sí para evitar un mal que sería definitivo, irreparable. Por otra parte, cuando Judá se calla tras haber mencionado por última vez la desgracia de la que quiere proteger a su padre, la tensión es casi palpable, mientras el tono era verdadero y la retórica poderosa. El lector percibe entonces que este discurso es decisivo: en efecto, José va a tener que optar. El lector ya no tardará en saber si, como ha podido pensar, la intención de José era la de verificar la capacidad de estos hombres para mostrarse como hermanos. Ahora que ya no hay duda de esto, ¿cómo reaccionará?

Un desenlace en dos tiempos

Después de la acción que supone el discurso de Judá, la respuesta de José constituye un verdadero desenlace, combinando la revelación de un elemento oculto (*anagnorisis*) y la resolución de una crisis (*peripeteia*)⁷. Por una parte, José se quita la máscara, dándose a conocer a sus hermanos. Al decir «vuestro hermano» y al hacer que se acerquen los once, tras haber hecho salir a todos los demás (45,1-4), constituye una fratría unida en torno a él, cumpliendo así un posible sentido de su primer sueño. Por otro lado, la amenaza que planea sobre Benjamín, los hermanos y el padre se evapora, puesto que José declara sin tardar que se olvida de la culpa de sus hermanos. Incluso el peligro del hambre está descartado, al invitar José a los suyos a Egipto para que no carezcan de nada durante los cinco difíciles años que faltan (vv. 5-13). Aquí tenemos un desenlace clásico, como lo atestiguan las lágrimas

y los abrazos, pero sobre todo el regreso de la palabra entre los hermanos (vv. 14-15). Sin embargo, esta vuelta no es exactamente el final de la historia, pues surgen algunas cuestiones.

Un desenlace que plantea algunas cuestiones (45,1-15)

Una primera cuestión tiene que ver con la relectura que José hace del pasado familiar y con la reacción de los hermanos a este respecto. En efecto, José no habla nunca de una «culpa» de sus hermanos, término que calificaría moralmente el mal que le hicieron. Él habla rápidamente de su venta con la finalidad de identificarse claramente ante ellos (v. 4) y después para decirles que no se preocupen: lo que hicieron no era más que la forma exterior de un «envío» por Dios, que utilizó este acontecimiento con vistas a exaltar a José y salvarlos a todos del hambre. Al hacer esto, José niega la culpa de sus hermanos, oculta su responsabilidad, mientras que hace de ellos simples ins-

⁷ Para estas nociones, cf. J.-L. SKA / J.-P. SONNET / A. WENIN, *Análisis narrativo de relatos del Antiguo Testamento*. Cuadernos Bíblicos 107. Estella, Verbo Divino, 2001, p. 26.

trumentos del plan de Dios (vv. 5-8). Ciertamente, este apresuramiento por subrayar lo positivo se debe a la emoción que lleva a su cima el discurso de Judá y a las prisas por convencer a sus hermanos y enviarlos a buscar a Jacob a Canaán. (¿Quizá también desea Jacob hacerse perdonar su dureza?) Queda que José impone su punto de vista, y que éste no da lugar al modo en que los hermanos viven su culpabilidad con respecto a su hermano (cf. 42,21; 44,16) e incluso ante Dios (cf. 42,28b; 44,16), un Dios cuya voluntad dice conocer...

Así pues, «todo está bien si bien acaba», parece decir José. Sin duda esto es cierto para él. Pero ¿y para sus hermanos? El lector observará que únicamente Benjamín –el inocente– llora con José cuando ambos se abrazan (45,14). No sucede lo mismo con los diez culpables, a los que José abraza llorando sin que el narrador diga que ellos hagan lo mismo (v. 15a). Aunque menciona el significativo retorno de la palabra («Sólo entonces le hablaron sus hermanos», v. 15b), no se toma la molestia de referir el contenido de lo que se dicen, como si eso no añadiera nada sustancial a lo que ya se ha dicho. En resumen, lo que para José constituye un desenlace, quizá no lo sea para sus hermanos...

La segunda cuestión que provoca esta escena concierne a la invitación que José dirige a su padre para que vaya a instalarse a Egipto y escapar así a la hambruna (45,9-13). Sin duda, al enviar a sus hermanos hacia Jacob realiza la misión que éste le había confiado: hacerle llegar una palabra de vida y de paz para la familia entera (cf. 37,14). Pero, ¿cómo reaccionarán las personas a las que concierne esta generosa invitación? ¿Querrá el faraón este clan de extranjeros en la región de Gosén (45,10)? Los hermanos, que no responden nada a José cuando les participa su plan, ¿tienen ganas de emigrar al país donde su hermano es el señor? ¿Consentirá Jacob fiarse de sus hijos y

crear una noticia tan extravagante? ¿Querrá después abandonar la tierra prometida por Dios para ir a reunirse con un fantasma? Nada de esto se asegura al final del discurso de José. Incluso ¿puede José en su posición disponer de los otros sin su consentimiento?

Jacob y su clan en Egipto (45,16–47,12)

Las pocas escenas que se encadenan tras el desenlace responden a la segunda cuestión planteada por éste según un orden lógico. Primeramente es el faraón quien, al enterarse de la razón del barullo cuyo eco le llega (45,2.16), se alegra y dice espontáneamente a José que invite a los suyos a Egipto. Al ordenarle que proporcione carros, incluso parece querer facilitar la mudanza del clan y su venida a «lo mejor de la tierra de Egipto» (vv. 17-20). Así pues, no hay ningún problema por este lado: José lo ha anticipado perfectamente, a menos que lo haya dispuesto todo con el rey, como lo sugiere la expresión del v. 19 («Diles asimismo»), como también el hecho de que el faraón conozca a la familia y se anticipe a la probable resistencia de los hermanos (v. 20a). Si la duplicación de la invitación tiene como objeto una concertación previa, eso sería el signo de que José quiere poner todos los medios por su parte con la esperanza de convencer a los suyos.

¿Aceptarán los hermanos la invitación a venir a Egipto? En todo caso, José se empeña en que se decidan, fiándose de ellos. A aquellos que en otro tiempo le arrebataron su túnica les da nuevos vestidos, pero también provisiones para el camino y numerosos regalos para Jacob, quizá para agradecerle sus dones (cf. 43,11.25) o para convencerle de que venga y se aproveche plenamente de las cosas buenas de Egipto (45,23). En cualquier caso, a partir

del momento en que están en su casa, los hermanos anuncian la buena noticia a Jacob, repitiéndole, para vencer su desconfianza, todas las palabras de José. Pero sólo será a la vista de los carros cuando el padre acepte creerlos, decidiendo al instante partir para volver a ver a su hijo (45,25-28).

Después de una última resistencia –es difícil superar una vieja desconfianza–, Jacob parece fácilmente convencido. Pero surge otro posible obstáculo: Dios, cuya voluntad José ha pretendido que se realice a partir de ahora. En efecto, durante una hambruna anterior, Isaac, el padre de Jacob, había recibido de este Dios la orden de no ir a refugiarse a Egipto, sino de permanecer en la tierra para recibir allí la bendición (26,1-5), promesa confirmada en Berseba (26,23-25), precisamente allí donde Jacob hace una parada (46,1). ¿Por qué se detiene allí? ¿Para apaciguar a Dios con sacrificios en el momento de transgredir la orden dada a su padre? ¿Para esperar de él un mensaje relativo al viaje que ha emprendido? No lo sabemos. Pero «el Dios de su padre» se le aparece y le muestra su acuerdo: Jacob puede partir, la promesa de una gran descendencia se cumplirá, Dios seguirá con él. En cuanto a la alusión a la muerte, confirma implícitamente el proyecto de José de instalar a su familia en Egipto (46,3-4, cf. 45,10).

Esta intervención divina representa en el relato una nueva acción decisiva que permite otro desenlace preparado por las palabras de José: la partida de todo el clan, largamente evocada por la lista de personas (46,6-27), el encuentro de Jacob con José (vv. 28-30) y la instalación en la región de Gosén en una propiedad concedida por el faraón a petición de José (46,31-47,12).

En este punto se describe el modo en que José gestiona la crisis alimentaria en beneficio del faraón y para satisfacción general de la población, que lo aclama como su

salvador (46,13-26, cf. v. 25). Este *excursus*, que forma inclusión con 41,53-57, sirve para subrayar por contraste el estatuto privilegiado del clan de Jacob (47,11-12 y 27). Mientras que los cananeos y los egipcios están hambrientos y gastan su dinero para sobrevivir, ellos se benefician de una instalación en la mejor zona del país, donde son

Dios en la historia de José

Presente en cada vuelta del camino de Abrahán, Dios se vuelve más discreto con Jacob, no interviniendo más que en momentos clave de su aventura. En la novela de José, su presencia se reduce al mínimo. Adonay actúa solamente en 38,7-10 para hacer morir a los dos hijos mayores de Judá, después asiste a José esclavo del egipcio (39,2-5) o siervo del jefe de la cárcel (39,21-23). Dios interviene aún una vez más en Berseba, tras los sacrificios de Jacob, para animarlo a que baje a Egipto y para renovar su promesa. Ésta es la única vez que se escuchan sus palabras (46,1-4).

Los nombres divinos (*'lohum*, *l'el jshadday* y *yhwh*) figuran por doquier en el discurso de personajes (34 veces en total). De esta manera, Dios está ligado a la interpretación de los sueños (40,8, 41,16-38-39) y al anuncio del futuro (41,25-28-32, 48,21-22 y 50,24-25, cf. también 46,3-4), y es citado en bendiciones (43,29, 48,15-20, 49,25) e invocaciones (43,14 y 49,18). José apela a él en decisiones importantes (39,3, 42,18), mientras que otros explican un misterioso presente en referencia a él (42,28, 43,14, 44,16), los hermanos se dicen sus siervos (50,17). Por último, dos personajes releen su pasado en relación con la acción de Dios: Jacob (48,3-4-11-15-16) y, sobre todo, José (41,51-52, 45,5-7-9, 48,9 y 50,19-20).

Por tanto, el lector está de alguna manera entregado a los personajes para lo que significa su comprensión de la acción de Dios en esta historia. Pero las escasas referencias que proporciona el narrador creo que están encaminadas a impulsar al lector a fiarse de José cuando, al final del todo, proponga su relectura de la historia en clave teológica.

mantenidos. Cuando los egipcios venden sus tierras y sus bienes, ellos se convierten en propietarios, al tiempo que se benefician de un estatuto excepcional del que únicamente son beneficiarios los sacerdotes, alimentados ellos también tras un decreto real (cf. v. 22).

La culpa de los hermanos (50,15-21)

Habrà que esperar mucho más tiempo para que la primera cuestión planteada por el discurso de José encuentre una salida. Si observamos el diálogo entre Judá y José en 44,18-45,13, notaremos que la reconciliación tiene lugar en torno a la figura del padre: Judá se interpone para no causar su muerte al privarle de Benjamín, y José se declara dichoso de saberlo con vida, expresando su prisa por volverlo a ver rápidamente (45,3a⁸ y 9-13). Al escuchar en 50,15 que, tras la muerte de Jacob, los hermanos temen la venganza de José, el lector deduce de ello que, viendo cómo su hermano se olvida de la culpa de ellos tan rápidamente, ellos han pensado que su única preocupación era volver a ver a su padre. Si él los ha respetado después, ciertamente es por consideración a él. Ahora que ha muerto, todo cambia. Tanto que deciden actuar antes de que José les haga daño. Evidentemente, en su opinión, el contencioso familiar aún no está solucionado.

Dicho esto, no hay nada en la actitud de José que haga pensar que el temor de los hermanos está fundamentado. Asimismo, el lector pensará que es la culpabilidad de los hermanos la que vuelve a aparecer y es proyectada so-

bre José como deseo de venganza. Así pues, «todo el mal que le hicimos [José]» (50,15), y del cual éste se olvida por la emoción que lo embarga tras el discurso de Judá, continúa atormentándoles. ¿Cómo podría ser de otra manera, dado que la falta fue olvidada diecisiete años antes? Cuando deciden hablar a José, es este mal el que subrayan con insistencia, calificándolo de rebeldía, de pecado, de culpa, e implorando por dos veces el perdón de aquel en quien ellos reconocen a su víctima. Que los inspira el temor se percibe en el hecho de que envían a un mensajero y de que, en sus palabras, se parapetan detrás de la última voluntad del padre, palabras que, sin embargo, el narrador ni siquiera ha mencionado. Puesto que Jacob ha desaparecido, es su figura la que ellos blanden ante José para pedir que les perdone, evocando igualmente al Dios del que José se dice enviado (vv. 16-17a). Indudablemente actúan con astucia una última vez, pero es para pedir que por fin sea reconocida la verdad de su culpabilidad, que aún los separa de José.

Al escuchar estas palabras, a José lo embarga de nuevo la emoción, como antes cada vez que se daba un paso en dirección a la fraternidad. Los hermanos se presentan entonces ante él. Y exactamente como después del descubrimiento de su culpa, diecisiete años antes, se arrojan a sus pies ofreciéndose para recibir su castigo –convertirse en sus esclavos (50,18, cf. 44,14-16)–, como si el merecido castigo hubiera sido suspendido todos esos años por consideración al padre que todos aman. Pero, con esta actitud, los hermanos obligan a José a tomar claramente postura en relación con su culpa, la que les hace temerle hoy. Él la ha negado antaño: que se pronuncie hoy por fin.

José no se echa atrás. Comienza por rechazar el castigo que ellos proponen: negándose a ocupar el lugar de Dios, subraya que no quiere que «los siervos del Dios de su pa-

8 En 45,3a hay que traducir: «¡Mi padre está vivo!», y no: «¿Está vivo mi padre?», asumiendo aquí la partícula interrogativa un sentido exclamativo conocido en otras partes. Tras el discurso de Judá, ¿cómo podría dudar José de que su padre siga vivo?

dre» (v. 17a) se conviertan en siervos suyos. De un golpe desmiente el deseo o la voluntad de dominio que los hermanos le achacaban al interpretar su primer sueño. Después habla a su vez de la falta de ellos, calificándola claramente de «mal que tramaron contra él»: se designa así como la víctima de sus deliberadas maquinaciones, que trataban de provocar su desgracia. Que esto sea así no ha impedido, sin embargo, que de ello se haya salido con bien, puesto que la vida ha triunfado: primero la vida de José, después de los egipcios y por último de la familia de Jacob. En esta victoria, José dice reconocer el dedo de Dios, que ha querido convertir el mal en bien. Aunque el narrador no confirme esta lectura teológica de José, el lector admitirá que las repetidas intervenciones de Dios cuando José estaba en desgracia confieren un cierto peso a esta interpretación. Así es como, en todo caso, José «habla al corazón de sus hermanos», persuadiéndoles⁹ de que en adelante ya no tienen nada que temer (v. 21b). Éste es,

9. Para este sentido de la expresión «hablar al corazón», cf. Gn 43,3; Jue 19,3; Is 10,1 u Os 2,18.

en mi opinión, el final del proceso de curación de la palabra enferma desde el principio (cf. 37,4).

Conclusión

De manera insistente, el narrador va registrando las etapas hacia el desenlace. Bajo la máscara del señor egipcio, José habla duramente a los hermanos (42,7) antes de adoptar con ellos otro tono después de que hayan reconocido al hermano desaparecido a la vez como uno de ellos y como su víctima (42,24). A continuación, aunque en nombre de los hermanos Judá haya confesado no tener nada que decir para defenderse de su falta (43,16), pronuncia un largo alegato en el que se muestra como un verdadero hijo y un hermano solícito (44,18-34). Empuja así a José a dejarse reconocer, lo que desemboca en una palabra transformada (45,12.15), pero incompleta aún, habiendo sido negada por José la culpa de los hermanos. Sólo una vez que el padre ha desaparecido, los hermanos dicen su verdad, llevando a José a decir la suya. Entonces su palabra está en disposición de tocar el corazón: a partir de ahora es posible la confianza mutua (50,15-21).

«Excrecencias» de la historia, 1: en torno a la muerte de Jacob

Aunque, como acabo de mostrar detenidamente, la intriga familiar abierta en el cap. 37 gira en torno a las relaciones entre Jacob y sus hijos y a las relaciones entre los hermanos, algunos elementos de los caps 37 a 50 del Génesis parecen escapar a esta corriente principal.

De esta manera, en el estudio de los capítulos precedentes no figuran o apenas lo hacen: la historia de Judá y Tamar (cap 38) y después una larga sección en torno a la muerte de Jacob (47,28-50,14). Los últimos capítulos están dedicados al examen de estas «excrecencias» aparen-

temente inútiles en la intriga de nuestro relato. ¿Cuál es, pues, la función narrativa de estos episodios? En este capítulo abordaré el relato de la muerte del anciano padre, dejando la historia de Judá para el siguiente.

Un episodio con varias funciones

Está claro que la parte final de la historia en que se relatan los últimos días de Jacob desempeñan un papel más amplio que supera el estrecho marco del relato de José. En efecto, se trata de poner término a la historia de Jacob, pero también de aportar elementos conclusivos a la historia de los patriarcas (Gn 12-50). Las numerosas alu-

siones a lo que precede al cap. 37 es un signo evidente de ello. He aquí algunas de las más destacadas.

En estas escenas se percibe una fuerte insistencia en la voluntad de Jacob de ser enterrado en el sepulcro familiar en Canaán. Desde 47,29-30 pide a José un juramento en

este sentido. El modo remite al juramento que Abrahán hizo prestar a su siervo en 24,2,9, mientras que el contenido es análogo. se trata de no apartar de la tierra de la promesa a un elegido que ha recibido la bendición divina. La rápida alusión a la sepultura de los padres (47,30) es explicitada después ante los hijos reunidos en torno a Jacob, mientras les da las instrucciones para su sepultura (49,29-32: cf. Gn 23,19-20; 25,9-10; 35,29). El cap. 50 describe cómo los hijos ejecutan la última voluntad de su padre (50,7-14, sobre todo el v. 13). El enterramiento de un padre por sus hijos reunidos es, por lo demás, una escena ya vista en la muerte de Abrahán e Isaac (25,9; 35,29).

Este recuerdo de los padres de Jacob se completa en alguna medida en 48,3-4.7 y 15-16. Jacob habla a José de acontecimientos clave de su historia: la aparición y la promesa en Luz-Betel (35,11-12 en relación con 28,13-15) y la muerte de Raquel (35,16-20). Además, cuando le bendice en sus dos hijos, evoca más detenidamente la protección del Dios pastor que fue también el de sus padres Abrahán e Isaac, un Dios que ha cumplido sus promesas (cf. 28,12 y 20, y el reconocimiento de la realización en 35,14-15). En cuanto a la escena de la bendición de Efraín y Manasés, recuerda en más de un rasgo la bendición arrancada por Jacob a su padre en el cap. 27.

Por lo que respecta a las últimas palabras de Jacob a sus hijos, aluden a dos episodios de la historia que precede, en la que algunos hijos están implicados como protagonistas y donde el relato permanece abierto: la violación de Bilhá por Rubén tras la muerte de Raquel (49,3-4, cf. 35,22) y el incidente de Siquén, donde Simeón y Leví se entregaron a atroces artimañas contra la población de esa ciudad (49,5-7, cf. 34,25-31). Más globalmente, el hecho de pasar revista a los doce hijos adoptando una clasificación a partir de las madres (Lía: 49,3-15; las siervas: vv 16-21; Raquel: vv 22-27) constituye un discreto recuerdo

del relato de los nacimientos de los hijos en un contexto más bien tenso (29,31-30,24). Al mismo tiempo, la solemne apertura del poema indica que está resueltamente orientado hacia el futuro de la descendencia (49,1).

Estos elementos indican que estamos al final de la historia de los patriarcas, en particular de Jacob, más exactamente en la cesura entre esta historia que se acaba y el futuro del pueblo que va a nacer de él. Por esa razón se le dedica aquí un espacio muy amplio a las bendiciones (48,15-16.20 y 49,1-28) y la perspectiva se abre sobre el regreso a Canaán de este clan de emigrantes (48,21-22 y 50,25).

No obstante, todo esto no debe ocultar la función de estos capítulos en la dinámica de conjunto de la historia de José. El simple hecho de que el oráculo divino de Berseba (46,3-4) cumpla la función de anuncio del tema de estas pocas escenas que rodean la muerte de Jacob es ya un signo de ello. De esta manera, conforme a las palabras de Dios, el clan de Jacob comienza a convertirse en un gran pueblo en Egipto (cf. 47,27 y 50,22-23); el propio Dios permanece con Jacob en su exilio, como lo reconoce este último (48,11 15-16a.21b); en cuanto al regreso a Canaán, verdaderamente jalona el referido conjunto (47,29-30; 48,21-22, 49,29-32, 50,7-14 y 25).

Dicho esto, mi hipótesis global sobre la función de este episodio 47,28-50,14 en el relato de José es que el narrador cuenta en él a grandes rasgos cómo Jacob, antes de su muerte, reequilibra las relaciones en la familia, desplazándolas respecto a las establecidas al principio (cap. 37): relativiza la importancia de José, conservando a la vez su lugar único, y valora a Judá, como para subrayar el carácter decisivo de su doble acción en el desenlace de la crisis (43,1-10; 44,14-34, cf. 46,28). Al hacer esto, Jacob prepara el futuro de su clan, salvado de la muerte gracias a José, pero también a Judá.

José, su padre y sus hijos (47,28-48,22)

Las líneas que aseguran la transición entre el final del tercer acto y el comienzo del cuarto (47,27-31) tienen evidentes relaciones con el comienzo del relato. 47,27a retoma 37,1, para subrayar la mudanza de Israel, mientras que la continuación se hace eco de los nacimientos de 37,2a. Los diecisiete años pasados por Jacob en Egipto (47,28) recuerdan los diecisiete años de José al comienzo de la historia (37,2b) En cuanto a la relación privilegiada que une a Israel y José en razón del nacimiento del hijo (37,3), reaparece al principio a propósito de la muerte del padre, puesto que es a José al que Israel llama para darle sus instrucciones (47,29-31), confiándole así una segunda misión (cf. 37,13-14). Por último, la postración de Israel, a la cabecera del lecho y no ante José (47,31b), remite ciertamente a la interpretación que Jacob dio del segundo sueño, que le había hecho alarmarse (37,9-10) Por tanto, este modo de interpretar el sueño no se realiza, y, aunque José esté claramente en posición de poder en cuanto señor egipcio (como lo sugiere la introducción de la petición en 47,29), no domina a su padre. Tanto que Israel insiste para que preste juramento al modo del siervo de Abrahán (cf. 24,2.9), comprometiéndose así a obedecer a su padre.

¿No indican estas referencias bastante claras al comienzo de la historia que el problema inicial vuelve aquí al orden del día, a saber, la particular relación que une a Jacob y José? A este respecto, la visita del hijo a su padre enfermo va a revelarse determinante (48,1-22).

Adopción de Efraín y Manasés

Desde la llegada de José, el anciano padre se dirige a él Su discurso parece deslavazado comienza recordando la

aparición de Betel y la promesa de una descendencia y una tierra (48,3-4, cf 35,11-12); empalma declarando que adopta a Efraín y Manasés, que serán como sus hijos mayores Rubén y Siméon (48,5-6); termina evocando la muerte y la sepultura de Raquel (48,7, cf. 35,16-20). Así, entre dos recuerdos contradictorios –la promesa de fecundidad y la trágica desaparición de la esposa amada–, Jacob pronuncia una palabra «performativa», que, ahora, hace de los hijos de José sus propios hijos. ¿No será eso para Jacob una forma de forzar el destino? En efecto, cuando Raquel murió en el parto, debió renunciar a la descendencia numerosa que sin duda esperaba según la promesa. Adoptar a los hijos del primogénito de esta mujer ¿no sería una forma de tomar aquello que la muerte de Raquel le había privado: otros hijos de la sangre de la mujer amada? Recuperamos aquí al Jacob preocupado por asegurar él mismo la realización de las promesas de Dios en favor propio.

Pero, ¿por qué precisar que Efraín y Manasés serán para él «como Rubén y Simeón»? ¿Adquieren los dos últimos hijos en la descendencia de Raquel el estatuto de los dos primeros en la de Lía? Ciertamente, y esto puede constituir un honor Pero no perdamos de vista que Rubén y Siméon apenas resultan agraciados a los ojos de su padre –esto, además, se confirmará pronto (cf 49,3-7)–, hasta el punto de que perdieron su primer puesto en el seno de la fratría (el «primogénito» ahora es Judá, cf el acto II, y 49,8). Así, si «ser como Rubén y Simeón» puede ser halagueño a primera vista, en el contexto de la historia esto no representa verdaderamente una posición dominante. Ahora bien, al adoptar a Efraín y Manasés, Jacob, al me-

nos simbólicamente, priva a José de sus hijos (tanto que no se le conocen otros, cf. 48,9), sin por ello concederles claramente la hegemonía en la fratría. Vemos cómo trata de relativizar así la posición dominante de José.

Bendición de José en sus hijos

Ante la sorpresa del lector, Israel/Jacob parece darse cuenta ahora de la presencia de los jóvenes y pregunta quiénes son (48,8) (el narrador explicará pronto que la mucha edad ha vuelto a Israel ciego, v. 10a). José los presenta como «mis hijos», afirmando que son un don de Dios «para mí» (cf. 41,51-52). Frente a esta reivindicación, que discute implícitamente su voluntad de adopción, Israel manifiesta de nuevo su deseo de comportarse como padre bendiciendo a Efraín y Manasés (48,9).

El lector asiste entonces a una curiosa maniobra (48,10-13). José hace que se acerquen sus hijos a su padre ciego. Éste los abraza, los pone entre sus rodillas, expresando a José su admiración ante la bondad de Dios: «No pensaba volver a verte, pero Dios me ha concedido ver incluso a tus descendientes», te creía muerto y ahora veo que tu vida es fecunda. Entonces José toma a sus hijos, se postra en tierra y después los acerca de nuevo a Israel. Así, después de que su padre haya reconocido la acción de Dios, que ha dado a su hijo una descendencia, José parece aceptar plenamente ser desposeído de sus hijos. Cumple entonces lo que su padre le ha pedido (v. 9b): toma a «ellos dos»¹⁰ y se los acerca para que los bendiga (v. 13). Pero antes de esto se postra, dando a entender de ese

modo que renuncia a su superioridad en un profundo gesto de acatamiento a la voluntad del padre (v. 12).

¿Reconocerá Israel el gesto de su hijo en su bendición? En efecto, al bendecir a «los muchachos» y al inscribirlos en la descendencia de Abrahán e Isaac, es a José a quien el anciano patriarca bendice, cuenta el narrador (v. 15a): en Efraín y Manasés le hace heredero de la bendición del Dios pastor que salva de todo mal y promete la tierra y una larga descendencia (vv. 15b-16). Sin embargo, al decir «que se les llame con mi nombre y con el de mis padres», Israel procede también a una solemne adopción.

«Y puso a Efraín delante de Manasés» (v. 20b)

En la escena de la bendición, el narrador repite constantemente un elemento que resume al final con la frase citada en el título: la inversión del orden de primogenitura en el momento de la adopción por Israel de los dos hijos de José. Se subraya en tres ocasiones, con mucha precisión.

1 – En los vv. 13-14, José se preocupa por presentar a sus hijos de tal forma que el mayor, Manasés, esté a la derecha de su padre y Efraín a su izquierda, a fin de que el primero sea bendecido con la mano «buena». Para José, la prioridad está fundamentada en el derecho de primogenitura. Israel parece oponerse a esta lógica y cruza voluntariamente las manos, poniendo la derecha sobre la cabeza de Efraín, «aunque sea el pequeño», precisa el narrador, y «Manasés el mayor».

2 – A José no le gusta el modo en que Israel los va a bendecir, poniendo la mano derecha en la cabeza del pequeño. Uniendo el gesto a la palabra, hace notar a su padre que hay un error. Sin duda piensa que Jacob ha cruzado

10. En este capítulo, después del v. 9, Efraín y Manasés ya nunca son presentados como los «hijos de José».

las manos porque ha creído que le presentaba a sus hijos poniendo al mayor a la derecha de él. José señala entonces al mayor, rogando a su padre que rectifique la posición de las manos (vv. 17-18). Pero éste responde que no hay error, pues el pequeño crecerá más que el mayor (v. 19).

3 – El padre concluye su bendición anunciando que Efraín y Manasés serán modelos de fecundidad en Israel, y nombra a los hijos invirtiendo de nuevo sus puestos, cosa que el narrador subraya a su vez (v. 20).

Lo que semejante insistencia pone de relieve es la diferencia de lógica entre Israel y José. Penúltimo hijo de la fratría, José se ha beneficiado de la preferencia de su padre. Ahora, en el momento en que sus hijos son adoptados por su padre, trata de negar a su hijo menor esta preferencia. Su actitud muestra claramente que no entra en la lógica de Jacob. ¿Será porque él mismo, el preferido, era el mayor de los dos hijos de Raquel y, por tanto, considera que, en su caso, es el mayor el que ha prevalecido? ¿Será, por el contrario, porque sabe qué terribles consecuencias puede causar semejante preferencia? Sea como fuere, su postura muestra que, a pesar de su historia, él comparte la lógica de sus hermanos cuando no se trata de él. Por contra, Israel mantiene y justifica su postura (ahí reconocemos al Jacob de los comienzos); la impone incluso a José, que se ve así discutido en su manera de ser padre y de concebir las relaciones entre hermanos. De

nuevo José vuelve a ser puesto en su sitio, como desposeído de su autoridad por su padre.

Conclusión

En esta escena, Israel discute la posición de José de diversas maneras: le priva de sus hijos simbólicamente, deja indecisa la posición que éstos ocuparán en la fratría y le impone su singular lógica relativa al derecho de primogenitura. Ciertamente José se resiste. Pero después escoge inclinarse ante la elección de su padre. Sin embargo, paradójicamente, al actuar de ese modo, Israel dispensa a su hijo un trato de favor en la línea de su preferencia por él. Su última palabra hace de él el depositario de la promesa de Dios recibida en Berseba (48,21, cf. 46,4) y le concede una última ventaja: «Yo te entrego Siquén (o bien un "hombro", heb. *sh'kem*) / único sobre tus hermanos» (48,22). Hijo «único» que busca a sus hermanos siguiendo la petición de su padre, es en Siquén donde José decidió ir más allá del deseo paterno para poder encontrarlos (cf. 37,13-17). Ahora, el don de esta ciudad –el don de este «hombro» que sitúa a José por encima de sus hermanos– resuena como una especie de confirmación de la decisión paterna y reafirma la singularidad de José. Incluso aunque ha discutido su poder y su lógica, Israel no niega esa posición que ha sido la de su hijo entre sus hermanos desde el comienzo: es el único... Lo que no hace de él el jefe.

Una fratría donde cada uno tiene su lugar

Esta relativización de la posición de José en la familia es confirmada y prolongada en el cap. 49. Jacob convoca a sus hijos y les dirige una especie de testamento espiritual,

que, según el narrador, contiene a la vez el anuncio del futuro (49,1) y la bendición de aquellos que serán los padres de las doce tribus de Israel (49,28). Al final de su vida, el

patriarca pone, por así decir, orden en la fraternía, abriéndolos al futuro. Este orden enmienda el que prevalecía hasta ahora en función de la preferencia paterna con respecto a José (37,3).

En la serie de los doce hijos, siete sólo tienen derecho a una breve estrofa poética que los asocia a una situación probablemente envidiable, aunque a veces difícil (Zabulón, v. 13; Gad, v. 19; Aser, v. 20), o a destinos contrastados con animales variados (Isacar y el asno, vv. 14-15; Dan y la serpiente, vv. 16-17; Neftalí y la cierva, v. 21; Benjamín y el lobo, v. 27). En cuanto a los otros cinco, lo que Jacob dice de ellos está ligado más o menos directamente a la historia precedente.

De Rubén a Judá

Para Rubén (vv. 3-4), y después para Simeón y Leví (vv. 5-7), Jacob recuerda claramente las culpas que les han llevado a perder la primogenitura: para Rubén, la profanación del lecho paterno (cf. 35,22), y más globalmente un carácter impulsivo y excesivo que el lector ha podido observar (cf. 37,30; 42,22.37); para Simeón y Leví, la violencia gratuita desplegada para saciar su cólera (cf. cap. 34). No se trata, sin embargo, de maldición, y el lector aprende de la historia fraterna cómo decir la verdad sobre el mal cometido puede abrir a la vida.

Por tanto es Judá quien recibe de su padre una especie de primacía en la fraternía. Se le promete la alabanza de sus hermanos, así como su homenaje; él es el que tendrá el cetro, lo mismo que el asno, signo de su poder (vv. 8.10-11a). En esto hay un último desmentido a la interpretación dada a los sueños de José en 37,8 y 10, y la confirmación del lugar que Judá ha adquirido cuando se trataba de hacer vivir a la familia en 43,1-10 y 44,14-34. Lo que le vale

a Judá ser puesto en primer plano por su padre es que, siendo un joven león predador como era (cf. 37,26-27), se apartó de la presa para echarse calmadamente como un león tranquilo (v. 9). En un sentido análogo, Jacob retoma la imagen de la túnica manchada de sangre, señal de la muerte y de la desgracia (cf. 37,31), pero la desplaza: Judá lavará su vestido en vino, en lugar de mancharla con sangre (v. 11b). Por otra parte, si sus dientes son más blancos que la leche, su embriaguez ya no es la de la carnicería (v. 12).

José, el bendito

Si Judá está situado sin ambages a la cabeza de la fraternía, ¿cuál será la parte que le corresponde a José? La palabra clave de la estrofa que su padre le dedica es clara: es la bendición (6 veces). También aquí la declaración vuelve a la función desempeñada por José en el relato. Aunque el comienzo de la estrofa sea bastante oscuro, parece posible ver cómo Jacob aprecia la actitud de José: tratado como enemigo por hombres violentos, que lo agreden (sin duda sus hermanos, simbolizados en los arqueros), permanece firme y ágil a la vez, protegido por la mano divina (vv. 23-24a). Así es como se ha convertido en el «pastor», el que conduce a Israel a la vida, pero también en roca sólida frente a las fieras que amenazaban el rebaño familiar: «Por eso pastor, piedra de Israel» (v. 24b, según el TM).

Pero aunque reconozca en José al «pastor» de la familia, lo cual anunciaba con hondura el narrador al situarle al principio como pastor (37,2), Jacob precisa a continuación que puede cumplir esa función gracias a la abundancia de las bendiciones que descansan sobre él. Ahora bien, como sabemos desde Gn 1,28a, la bendición es lo que permite a la vida expandirse en todas sus dimensiones. Al ver en José al depositario de bendiciones cósmicas, Jacob reconoce que ha sido para muchos fuente de vida y de fecundidad (vv. 25-26).

Finalmente, Jacob califica a José de «elegido entre sus hermanos» (v. 26b). El término empleado parece connotar esencialmente la separación, la puesta aparte para un uso particular. Así, después de haber subrayado la función vital desempeñada por José en Israel, el anciano padre reafirma su lugar aparte en la fratría al servicio de la vida. Pero aunque la elección de José es puesta de relieve de nuevo a partir de los frutos que ha producido, eso no implica el derecho a ejercer el poder.

Las palabras dirigidas a José confirman lo que ha contado el cap. 48: José ocupa un lugar único entre sus hermanos, pero no es el del poder. En este sentido, el hecho de

que Jacob repita a sus hijos las instrucciones dadas antes a José relativas a su sepultura va en este mismo sentido: tanto el uno como los otros están comprometidos en una acción común después de la muerte de su padre. El largo relato de los ritos en 50,1-14 la pondrá en escena, teniendo cuidado el narrador de distinguir las funciones. Si José, en su calidad de señor egipcio, conducirá el duelo oficial (vv. 1-11) –lejano eco del duelo que su padre había hecho por él después de su desaparición (cf. 37,34-35)–, son todos los hijos juntos los que enterrarán a su padre en el sepulcro familiar (vv. 12-13), antes de que los hermanos lleven a José a abolir la distancia que establecía entre ellos su culpabilidad (vv. 15-21, cf. más arriba).

Conclusión

Además de los estrechos contactos señalados más arriba (p. 39) entre el comienzo del acto IV y la primera parte del cap. 37, parece que este último acto responde al primero, como si se tratara de cerrar la historia. Observaremos además que el acto I y el acto IV son esencialmente familiares, quedando muy reducida la intervención de extranjeros con relación a lo que sucede en los actos II y III. Al centrar así la atención sobre el clan de Jacob, el narrador describe claramente al final de la historia una evolución en las relaciones.

En un primer momento, bastante largo, Israel se empeña en discutir esa posición que era la de José al principio de la historia y que su situación en Egipto trata de confirmar. Lo hace en la escena de adopción de Efraín y Manasés. Al mismo tiempo invalida las interpretaciones de los sueños al no postrarse ante José, dejándole que se postre en su presencia, y después anunciando que es ante

Judá ante quien se postrarán todos. Reconoce, no obstante, que en razón de la bendición que ha extendido en torno suyo, José conserva una posición singular como elegido entre sus hermanos. El lugar único que ocupaba en sus sueños –como en la atención de su padre– se encuentra así confirmado; no obstante, no se trata de poder, sino más bien de vida, de bendición, como lo simbolizaba en su sueño la cosecha del trigo.

En un segundo momento, en el cap. 50, es más bien la segunda parte del acto I la que encuentra eco. Así, las dos muertes mencionadas por Jacob al final del cap. 37 –la suya y la de su hijo José– son narradas aquí, llorando el hijo abundantemente a su padre desaparecido, como éste había llorado también largamente. Además, al dirigirse a Canaán para enterrar a su padre, José vuelve a ver la tierra que había abandonado cuando la caravana lo había llevado con los productos que sirven para

embalsamar a los muertos. Después, el «mal» hecho a José en otro tiempo por los hermanos sube a la superficie (50,15). En efecto, el padre ha desaparecido, el mismo que, al principio, protegía a José de sus hermanos y que, tras la instalación en Egipto, era percibido por los hermanos como un refugio frente al supuesto deseo de venganza de José. Pero la actuación de los hermanos lleva a aquél a cubrir la distancia que le separa de ellos, la

que Jacob había instaurado con su predilección y que su reaparecida culpabilidad sellaba desde hacía mucho tiempo. En esta última escena, además, José renuncia a todo poder sobre los suyos, quedándose finalmente sólo con su función nutritiva, símbolo de lo que significa ser el depositario de la bendición. Cumpliendo esta función, José está conforme con las últimas palabras de su padre para él

Datación de la historia de José

Es difícil datar la novela de José. Los criterios internos son casi inexistentes, y está lejos el tiempo en que parecía poder acudir a la imagen de Egipto que emerge del relato. Actualmente, los autores sitúan su nacimiento en función de la pertinencia histórica que le reconocen. Bastarán algunos ejemplos.

Sorprendido por la tensión entre un apoyo a un soberano capaz de salvar la vida de su pueblo y una sospecha con respecto a la monarquía (por ejemplo 37,8), C. Westermann (1982) hace remontar el relato a una época en la que existiera dicha tensión, quizá durante la monarquía unificada. Por lo que respecta a D. Carr (1996), ve en ella un alegato en favor de un rey moderado que no convierte a los suyos

en esclavos y no se cree Dios, este criterio, combinado con la insistencia en las tribus del Norte (José, Rubén, Benjamín), le lleva a datar el relato a comienzos de la monarquía de Israel.

Para Th. Romer (1992), por el contrario, se trata de una novela «escrita para la diáspora egipcia, para que pueda encontrar su identidad» permaneciendo en la ortodoxia que poco a poco se instaura en Jerusalén en la época persa. En razón de una tendencia a polemizar con esta teología restrictiva, propone datar el escrito en el siglo V. G. Fischer (1999) también se inclina por esta datación, pero sobre otra base: en su opinión, el relato constituye un alegato en favor de la reconciliación tras el exilio entre judaítas vueltos de Babilonia y el resto de Israel.

«Excrecencias» de la historia, 2: Judá y Tamar

Si hay un episodio que, aparentemente, nada tiene que ver con la historia de José, en el que se encuentra encajado, éste es el asunto de Judá y Tamar en el cap. 38. Numerosos autores han subrayado lo que parece una evidencia.

Sin embargo, desde un punto de vista narrativo, este capítulo resulta capital para el lector de la historia. Se verifica aquí lo que se constata frecuentemente: lo que parece inútil en el nivel de la progresión de un relato es esencial, por el contrario, en el plano de la elaboración,

por parte del lector, del significado de lo que lee. En dos palabras, podríamos decir que el cap. 38 cuenta hechos que se revelarán determinantes para llevar la crisis a su desenlace, proporcionando al lector claves para la continuación del relato¹¹.

Una experiencia determinante para Judá

Si los hechos relatados en el cap. 38 son importantes es porque permiten la evolución significativa de Judá, un personaje cuya acción será decisiva en el desenlace de la crisis familiar que se abre en el cap. 37. En efecto, la experiencia que tiene en su propia familia, en particular con su nuera, le será especialmente útil cuando se encuentre más tarde en circunstancias próximas a lo que vive aquí.

Cuando la historia se repite

La relación con el episodio de la desaparición de José (cap. 37) es tenue, pero real: Judá, el que ha propuesto vender

¹¹. Cf. las páginas dedicadas a Gn 38 en *Análisis narrativo de relatos del Antiguo Testamento*. Cuadernos Bíblicos 107, o. c., pp. 49-57.

Judá, padre de familia

a José, se aleja de sus hermanos «por entonces» y se va con los cananeos, donde se alía con un tal Jirá antes de casarse (38,1-2). Funda así su propia familia lejos de la de su padre, desgarrado por los acontecimientos que conocemos. En resumen, parece estar buscando pasar página. Pero pierde el tiempo: su pasado lo encuentra, puesto que va a conocer lo que su padre (y su abuelo) ha sufrido. También él va a perder dos hijos; también él será engañado por un pariente de la generación siguiente (una nuera en lugar de un hijo), que utiliza para este fin un vestido (38,14, cf. 37,32-33 y 27,15) y un animal del rebaño (38,17, cf. 37,31 y 27,9-10).

Sin embargo, como si quisiera evitar dejarse desbordar, igual que su padre, Judá trata de controlar a los suyos: ha elegido él mismo a la mujer de Er, su primogénito, ha ordenado a Onán que suscite una descendencia a su hermano difunto, ha despedido a Tamar para proteger a Selá. Pero las cosas se le escapan: Adonay hace morir a sus hijos, Onán transgrede su orden a sus espaldas, mientras que Tamar sabrá superar el obstáculo que le pone. Además, mientras cree conocer la causa de la muerte de sus hijos, Judá se equivoca radicalmente, a imagen de su padre a propósito de la muerte de José. En resumen, tratar de huir del pasado parece inútil: vuelve a aparecer de una manera u otra, engendrando otros sufrimientos, otras desgracias.

Esta experiencia tendrá ciertamente su importancia para la prosecución del relato, pues Judá será confrontado de nuevo con su pasado cuando José lo ponga a prueba con sus hermanos. Cuando esté frente a su falta contra José y a la desgracia causada a su padre, su reacción será diferente de la de los demás, como si hubiera aprendido la lección de su desgraciada experiencia. Bajemos un poco más al detalle.

Como padre de familia, la experiencia de Judá es la de un hombre que pierde a dos de sus hijos. Ciertamente, el narrador no hace más que evocar las cosas; no dice cómo reacciona Judá ante estas desapariciones. Sin embargo, muestra cómo considera la eventualidad de la muerte del tercero: se pega a él y lo protege, tratando de salvarlo del peligro que imagina. Así, cazado en la trampa del miedo, su deseo de vida terminará, paradójicamente, por conducir a la vida a un callejón sin salida, a paralizarla. Queriendo proteger la vida, la pone en peligro. Ahora bien, gracias a Tamar, verá que, por el contrario, correr el riesgo de la vida en el deseo ardiente de sacarla del callejón es abrirse a ella. Porque la audacia de Tamar, que transgrede todas las reglas para poder dar nacimiento a un niño de la sangre de su difunto marido, desembocará finalmente en la venida al mundo de gemelos, que serán contados en la descendencia de Judá (cf. 46,12).

Esta experiencia será importante más tarde en la relación entre Judá y su padre. Igual que Judá, Jacob es privado de dos hijos cuando los otros vuelven de Egipto sin Simeón. Por otra parte, se enfrenta a la inminente perspectiva de dejar marchar al tercero, Benjamín, reclamado por el señor egipcio. Pero Jacob se irrita y lo rechaza categóricamente, prefiriendo conservar junto a él a ese hijo amado del que depende su vida. Pero cuando las reservas se agotan, resulta evidente que, si Jacob se empecina en su rechazo, la muerte no tardará en hacer su trabajo. Judá lo sabe, porque ha pasado por eso. Capaz de comprender desde dentro el drama de su padre, pero también consciente de que su actitud es inadecuada, porque produce muerte, Judá sabrá encontrar las palabras justas y respetuosas que decidirán a Jacob para asumir el riesgo de la muerte y permitir a la vida que salga victoriosa de ese ca-

llejón sin salida. Porque Tamar le ha enseñado que la vida no se salva agarrándose pusilánimemente a ella por miedo a perderla. Ante el egipcio, Judá pondrá su propia vida en juego interponiéndose, a fin de proteger a su padre de una desgracia que él mismo temió con Selá.

La verdad, fuente de vida

Es otra lección que Judá aprende junto a Tamar, y que le será muy útil más tarde. Cuando devuelva a Tamar con su padre, Judá le oculta una parte de la verdad: la considera responsable de la muerte de Er y Onán (38,11). La despedida corre el riesgo de prolongarse más allá del término precisado por Judá («hasta que Selá sea mayor»), porque no se ve de qué manera el tiempo podría arreglar ese problema. Por otra parte, Tamar se da cuenta de ello (v. 14b), y es lo que la empuja a tomar la iniciativa que conocemos. A fin de cuentas, cuando Judá la envía a la hoguera porque está encinta después de haberse prostituido, Tamar le remite las prendas que le había pedido antes de la relación, y lo invita a reconocer la verdad: «Mira, por favor, de quién son este sello, este cordón y este bastón», porque pertenecen al padre del hijo que llevo (v. 25). Entonces Judá reconoce la justicia de Tamar y confiesa su propia culpa: «No le di a mi hijo Selá, y no la conocí» después de sus hermanos muertos (v. 26). Es esta verdad la que permite que la vida triunfe. Porque si Judá hubiera rehusado admitir su equivocación, la mujer habría muerto con los hijos que llevaba.

Un día Judá se encuentra frente a un hermano al que no reconoce y hacia el que igualmente se siente culpable de una grave injusticia. Mediante una fina estratagema, aunque más cruda que la de Tamar, José pone a sus hermanos frente a sus faltas pasadas, obrando de tal modo que

un inocente sea acusado y sufra un injusto castigo que golpeará también a su padre, mientras que los verdaderos culpables serán disculpados, como por otra parte la inocente Tamar y el culpable Judá (cf. 44,1-13). Entonces Judá

Las mujeres de la historia de José

Cuatro mujeres intervienen en la historia de José. Dos son las esposas de Judá y de José: la hija de Suá, por una parte (38,2.12), y Asenet, hija de Potipera, sacerdote de On, por otra (41,45.50, cf. 46,20). Ellas tienen una función reducida en el relato, no siendo mencionadas más que durante el matrimonio del protagonista y con ocasión del nacimiento de los hijos. Las otras dos tienen un papel determinante en el recorrido de los mismos Judá y José: Tamar, la nuera de Judá, y la mujer (anónima) de Putifar, el señor egipcio de José. Ellas intervienen en dos episodios con intrigas paralelas: el protagonista alcanza en primer lugar una posición favorable: Judá como padre de familia (38,1-5) y José como administrador (39,1-6). Después, la astuta mujer les pone en dificultad en el plano de la sexualidad (38,6-26 y 39,7-20). La conclusión conduce a un cierto equilibrio: Judá encuentra a otros dos hijos (38,27-30) y José, aunque en la cárcel, un estatuto similar al anterior (39,21-23).

La descripción de estas mujeres está reforzada por un contraste que se vuelve más claro aún por el hecho de que su acción se mueve en una dirección semejante: ambas toman la iniciativa en maniobras de seducción con vistas a obtener del hijo de Jacob relaciones normalmente prohibidas, incesto o adulterio. Pero hasta aquí llega el paralelismo. Porque Tamar actúa para hacer valer su derecho pisoteado, y su seducción, más bien pasiva, deja a Judá un gran margen de libertad (38,14-16). La mujer de Putifar, por el contrario, se mueve sólo por celos; es ella la que conduce la acción, dejando a José apenas la decisión de oponerle un rechazo con palabras y hechos. Ella miente para protegerse, y su superchería trata de engañar a los demás para empujarlos a la injusticia, poniendo su aplomo al servicio de su venganza. Por contra, Tamar se disfraza para engañar a los temores de Judá, y su engaño apunta al restablecimiento de la verdad, estando su audacia al servicio de la vida. Admirable Tamar...

recuerda de golpe la falta ocultada que sólo Dios puede conocer y respecto a la cual no tiene ninguna justificación (44,14). Después, suplicando a José para salvar a su hermano inocente y a su desgraciado padre, reconoce indistintamente la falta de los hermanos contra este último,

añadiendo que si Jacob muere estando privado de su hijo, son ellos los que tendrán que responder de su muerte (44,29). Evidentemente, el Judá que se expresa así es alguien que ha aprendido que salir de la mentira para descubrir la verdad representa un verdadero camino de vida.

Una importante clave de lectura

Fuera de la determinante evolución vivida por Judá, el cap. 38 es capital por cuanto constituye una clave de lectura apta para iluminar al lector cuando regrese al relato de la crisis familiar. Para darse cuenta de ello hay que retroceder algo y ampliar la búsqueda a los tres primeros capítulos de la historia. En efecto, el episodio mantiene estrechas relaciones tanto con el que le precede como con el que le sigue. Ya R. Alter, al comienzo de su famosa obra *El arte del relato bíblico*, muestra cómo una escena de engaño estructura la intriga de los caps. 37 y 38. En el 37, los hijos de Jacob engañan a su padre al pedirle que identifique una prueba con vistas a inducirle a error con respecto a José. En el 38, uno de sus hijos, Judá, es engañado por Tamar, que lo invita a identificar objetos susceptibles de llevarlo a reconocer la verdad. Como subraya Alter, una escena podría iluminar la otra.

Extrañas proximidades

En realidad, es posible señalar otras relaciones, no sólo entre los caps. 37 y 38, sino también con el 39. El punto común esencial es un mismo esquema narrativo en la intriga principal. El cabeza de familia es engañado con un vestido por alguien de su casa. Más concretamente, es llevado a engaño tras una manipulación ocultada por

parte de su parentela. En el 37, Jacob es inducido a error por sus hijos con respecto a José por medio de la túnica ensangrentada de éste (vv. 31-33). En el 38, Judá es burlado por su nuera Tamar, que vela su rostro para esperarle en el camino y llevarlo a que la tome por lo que no es (vv. 14-19). Finalmente, en el 39, Putifar se deja engañar por su esposa, quien, con ayuda del vestido abandonado por José, le hace creer en un intento de violación (vv. 16-19).

Observaremos, por otra parte, que en cada escena una prueba sirve para establecer la identidad de una persona y un hecho relativo a ella; está acompañada por una palabra trampa que trata de provocar que el engañado se posicione. En 37,32-33, la túnica que identifica a José le llega al padre con una pregunta de los hijos, que lo invitan a constatar la muerte de José, y Jacob cae en la trampa. En 38,25-26, el sello, el cordón y el bastón dejados en prenda por Judá a la prostituta son presentados por Tamar, que invita a Judá a reconocer quién es el padre del niño que lleva; Judá es conducido así a confesar su falta. En 39,17-20, el vestido que identifica a José es presentado por la mujer del señor como prueba de la agresión sufrida; engañado, el señor condena a José.

Estas relaciones ponen de relieve varios contrastes que el lector identificará gracias a las indicaciones del narrador.

Así, las palabras que acompañan a la túnica de José son al mismo tiempo verdaderas y falsas, y tratan de engañar a Jacob con respecto a José. Las acusaciones del egipcio son completamente falsas, y su finalidad es engañar al señor para vengarse de aquel que se ha atrevido a resistirse. Por el contrario, Tamar dice la verdad cuando designa a Judá como el padre de su hijo, y actúa de tal manera que lo lleva a reconocer sus faltas ocultas. La astucia no siempre es negativa. Y aunque por dos veces José es víctima de mentiras que le conciernen, Judá, por contra, entra en la verdad gracias a la astucia de Tamar.

Función narrativa de las convergencias señaladas

Además de las argucias mencionadas, otros dos engaños se relatan en los caps. 37 y 38. Rubén actúa con astucia con sus hermanos para salvar a José (37,21-22), mientras que Judá engaña a Tamar a propósito de su tercer hijo, Selá, al que quiere salvar de la muerte de la que, en su opinión, es portadora su nuera (38,11.14b). Como vemos, en total estos tres capítulos acumulan las escenas de añagazas, como si fuera importante que el lector reflexionara sobre el asunto. La mayor parte de las artimañas que el narrador relata tienen como móvil la envidia o los celos, disposiciones que se enmascaran por miedo. Así, los hermanos ocultan a su padre lo que los celos les han llevado a hacer; Judá guarda para sí a Selá, temiendo verlo morir, pero también perdiendo consideración al no respetar la ley; la concupiscencia de la mujer de Putifar se transforma en deseo de venganza, mientras teme ser acusada. Todas estas argucias siembran la desgracia y la muerte.

Pero la astucia a veces tiene otro móvil, a saber, la voluntad de salvar la vida amenazada por un peligro mortal. Así,

Rubén oculta a sus hermanos lo esencial de su proyecto, que trata de salvar a José. Del mismo modo, si Judá envía a Tamar a su casa, ocultando sus intenciones reales, su deseo consciente es salvar a su hijo (si *engaña* es porque *se engaña* a sí mismo a propósito de la causa de la muerte de sus hijos). En cuanto a Tamar, su argucia aparece al final como el medio que ha ideado con la esperanza de ver cómo triunfa la vida paralizada por el miedo de Judá: esperanza de salir de su infecundidad y de engendrar, pero quizá también esperanza para Judá, quien, sacado de la mentira, podrá entrar en su verdad de hombre.

Esta presencia masiva de la temática del engaño al comienzo de este relato parece reflejar la problemática de la historia familiar. Pues ahí reside el problema planteado por el acto I y del que va a ser preciso salir: una palabra, torcida en mentira por la envidia y los celos, ha sembrado la desgracia en la familia de Jacob. Si el fenómeno se reproduce es que no se debe completamente al azar. Y las otras escenas en que la historia se repite en los caps. 38 y 39 ilustran, en honor del lector, la amplitud y la fuerza de ese mal multiforme. Pero también muestran que las cosas no son sencillas, puesto que el lector es conducido a constatar que la salida puede anidar en el propio corazón de ese mal, cuando alguien como Tamar asume el riesgo de volver la mentira contra sí misma para que triunfen la verdad y la vida.

Una importante clave para lo siguiente

A este respecto, lo esencial de la relación entre el cap. 38 y la historia de José estriba en el hecho de que la aventura de Judá y Tamar anticipa, en una viñeta a la vez sucinta y clara, la continuación de la historia fraterna, constituyendo así una especie de guía para el lector.

Es claro que Judá es injusto cuando aleja a Tamar de su tercer hijo. Ciertamente tiene buenas razones para actuar así, pero de hecho es su interés y su miedo los que le empujan a esa sutil mentira mediante la cual hace violencia a su nuera al encerrarla en la muerte (38,11-14b). Ahora bien, su falta repite, indudablemente con menos violencia, la injusticia y la violencia de la que José ha sido víctima en el cap 37. Éste es el dibujo del argumento: un miembro de la familia considerado como molesto es relegado al mundo de la muerte por familiares preocupados de su propio bienestar, desempeñando Judá, como la primera vez, un papel clave. Igual que la injusticia que éste impone a Tamar, la que los hermanos infligen a José parece justificada en su opinión (37,19) y se refugia detrás de una refinada mentira (37,31-32). Por lo demás, por una parte y por otra, los engañadores parecen contar con el tiempo para que el olvido haga su tarea.

Si el argumento de partida es análogo, resulta interesante ver cómo se las arreglan los protagonistas del micro-relato y verificar si la historia principal va en un sentido similar. En efecto, de eso se trata. Después de un tiempo, el azar de la vida lleva a Judá hacia la víctima de su injusticia pasada, Tamar o José. Durante mucho tiempo en silencio, esta víctima pasa ahora a la acción. En este punto, el narrador emplea una técnica idéntica, que consiste en poner al lector en «posición baja» con respecto al protagonista, dejando que ignore a dónde quiere ir a parar y qué intención preside sus sutiles maniobras. De esta manera, lo mismo que Tamar se arriesga a idear una estratagema en la que ella se oculta para llevar a Judá a descubrir la verdad, de igual modo José, protegido detrás del anonimato de su aspecto exterior, pone a punto un ingenioso pero arriesgado guión que va

a empujar a sus hermanos a entrar poco a poco en su verdad.

Tanto Tamar como José se implican primeramente en una manera de actuar a primera vista censurable: la primera se prostituye, mientras que el segundo dirige acusaciones que sabe falsas. Pero el lector constata a continuación que eso no es más que una maniobra cuyos frutos sólo se verán más tarde, durante un segundo encuentro. Por lo demás, la intención de esta argucia parece ser la misma: obrar de tal modo que los culpables reconozcan no tanto a la persona con la que tuvieron el problema y que se oculta de ellos, sino sobre todo la falta que cometieron antaño con ella y que rechazaron. Pero no podrán lograrlo sin poner de su parte, sin aceptar reconocer la verdad y adoptar claramente una actitud diferente de la que les empujó en otro tiempo a la injusticia y la violencia. Porque –y éste es el riesgo que presentan tanto una maniobra como la otra–, si los culpables reaccionaran de otra manera, *harían fracasar todo el proyecto* (lo que evidentemente sería más grave para Tamar).

Pero en cada historia la injusticia inicial desemboca finalmente en la vida, convirtiéndose el mal en el crisol del bien en la medida en que los protagonistas salen transformados de la prueba. Así, gracias a Tamar, Judá abandona la actitud ambigua tras la que se escondía para dejar por fin que la vida haga su trabajo. Con José hace frente de manera responsable, interponiéndose para que su hermano y su padre vivan. En resumen, el resultado final es similar: un padre (Judá / Jacob), vuelto desconfiado por su temor por la vida de los suyos, encuentra a dos hijos que pensaba perdidos. Los hijos que Tamar da a Judá ocupan el lugar de Er y Onán, Jacob recupera a José y Benjamín, por no hablar de Simeón.

Conclusión

El lector, que percibe las íntimas relaciones entre el episodio de Tamar y la crisis familiar que está en el centro de la historia de José, difícilmente puede negar al cap. 38 un papel crucial en la economía narrativa de la historia de José.

Por una parte, este episodio refiere la transformación de Judá, cuya acción será determinante para el desenlace de la intriga. Hemos visto cómo numerosas y directas relaciones mantienen esta crucial acción con la experiencia que Judá ha vivido en contacto con Tamar

Por otra, este episodio, considerado como «independiente», constituye una notable anticipación de la continuación de la intriga familiar. El lector que ha leído con atención la historia de Tamar sabrá, cuando descubra la singular forma con la que José trata a sus hermanos en

Egipto, que no hay que juzgar demasiado rápidamente aquello de lo que se es testigo y que le puede sorprender. Por el contrario, se dispondrá a esperar que, con su sabiduría, José se apreste a actuar como Tamar y que, igual que entonces, la vida triunfará sobre la injusticia, la violencia y la mentira. Sabe que se puede alcanzar una salida dichosa por caminos inesperados, y que una argucia bien dosificada puede ayudar al alumbramiento de la verdad sin que los culpables sean aplastados por sus perjuicios, porque salen de ellos transformados. También sabe que una actuación reprensible pero calculada puede conducir al triunfo de la justicia, sin que los fautores de la injusticia tengan que reparar de otro modo que dejando a su víctima de antaño el cuidado de curarlos de su injusticia, aunque sea al precio de un sufrimiento inevitable, pero proporcionado

Conclusión

Al término de nuestra lectura, recorramos rápidamente la intriga del largo relato de José para poner de relieve su unidad.

Desde sus primeras líneas se abre una grave crisis en torno a José, el favorito de Jacob odiado por sus hermanos, y esta crisis va adquiriendo complejidad y se profundiza a medida que los protagonistas tratan de encontrarle una salida. Todos sufren y hacen sufrir, encontrándose, a fin de cuentas, separados de los otros y aislados, no sin violencia (cap. 37).

Dejando a José en Egipto, el narrador cuenta cómo el argumento se repite en la familia de uno de los hermanos, Judá, el que ha propuesto vender a José. Los ingredientes de la crisis son semejantes: preocupación prioritaria por sí mismo e injusticia infligida a otro, mentira o disimulo para ocultarlo todo, violencia y muerte se reúnen. Pero Tamar vuelve la argucia contra el engañador y lo conduce así a que descubra la verdad, y después a constatar que la vida sale victoriosa de ella. En cuanto al lector, ignora que este sorprendente relato le prepara para leer lo que sigue.

Volviendo entonces a José, el narrador se detiene en relatar su recorrido en dientes de sierra, que, por varios rasgos, evoca el de Judá. Gracias a la discreta presencia de Adonay y a una sabiduría no desmentida ni siquiera ante la prueba y la injusticia, José alcanza la cima del poder en Egipto. Entonces pone su sabiduría al servicio de su tierra de acogida, al interpretar los sueños del rey y al anticipar un hambre extraordinariamente grave que llevará hacia él a sus hermanos.

Éstos no reconocen a José detrás del señor de Egipto, que juega a los desconocidos con ellos. En principio, el lector no entiende. Pero poco a poco el narrador hace que entrevea que José está a punto de actuar como Tamar: actuar con astucia con la mentira y la injusticia para permitir que la verdad salga a la luz y para dar a los hermanos la oportunidad de mostrar que son capaces de justicia. Esto se pone en juego, en primer lugar, con Jacob, con el que los hermanos deben enfrentarse por la cuestión que

los divide, a saber, el hijo de Raquel, y después en torno a este último, con el que tienen que mostrarse hermanos cuando esté amenazado con ser arrancado de su padre. Las dos veces, la acción de Judá se revela decisiva, mostrando cómo la lección de Tamar ha dado su fruto.

Por último, José se quita la máscara y se encuentra con sus hermanos. Pero es sobre todo la figura del padre la que los reúne, viendo José en la falta un hecho providencial que le brinda la oportunidad de salvar a los suyos y de volver a ver a su padre. En efecto, los hermanos permiten la reunión de aquellos que ellos habían separado, y el clan se instala en Egipto, al resguardo del hambre. Una vez reformada la familia, el padre vuelve a ocupar el lugar central, como al principio. En el momento de morir, reorganiza las relaciones entre sus hijos, relativizando la posición inicial de José, cuya singularidad sigue manteniendo, pero reconociendo simbólicamente el puesto de hijo mayor para Judá.

Este nuevo equilibrio es cuestionado por la muerte del patriarca. Porque la falta ocultada por José vuelve a aflorar en los hermanos, que temen la venganza, porque saben que es un plato que se sirve frío. Así pues, los hermanos se ponen a tramar a su vez y obligan a José a que se pronuncie sobre su falta. En su respuesta, José identifica el mal, constatando que éste no ha tenido la última palabra, puesto que la vida ha triunfado (gracias a Dios,

dice). La verdad ha visto la luz. La palabra, enferma desde el principio, puede servir finalmente para hablarse con confianza.

* * *

La historia de José es «un relato construido orgánicamente desde su comienzo hasta su final [...]. La técnica que impera en esta narración es la articulación de una masa tan amplia de materiales en diferentes escenas o "actos". Casi todas ellas comienzan por una presentación que va seguida del desarrollo de los hechos. Ese desarrollo tiene a su vez un punto álgido y, al final, lleva una especie de conclusión que desde luego no constituye una ruptura con el momento culminante del relato de conjunto: se limita a ser una pausa provisional en la que la acción se distiende». Esto es lo que escribe G von Rad (*El libro del Génesis*, ² 1982, pp. 429-430) a propósito de Génesis 37-50, cuya extraordinaria calidad narrativa gusta de subrayar. Al final de esta presentación, excesivamente breve, de la historia de José hay que unirse gustosamente a von Rad. Sin negar que este texto haya tenido una historia redaccional que sigue siendo ampliamente desconocida, sin negarle el estatuto literario de puente entre los patriarcas y el éxodo, habremos de reconocer que el relato desarrolla una intriga a la vez compleja y bien conducida en la que nada resulta inútil, ni siquiera la historia de Judá y Tamar (cap. 38).

Lista de recuadros

La familia de Jacob	p 5	Génesis de la historia de José	p 25
Cronología relativa de la historia de José	p 6	Dios en la historia de José	p 34
La geografía de Genesis 37 (mapa)	p 11	Datación de la historia de José	p 44
El peso de las culpas pasadas	p 12	Las mujeres de la historia de José	p 47
Grandes corrientes de la interpretación moderna	p 16		

Para continuar el estudio

Existen pocas obras en español relativas a la historia de José. El comentario de G. VON RAD, *El libro del Génesis*. Salamanca, Sígueme, 1982, resulta ya un tanto antiguo, aunque conserva un gran interés. En inglés tenemos el libro de R. ALTER, *The Art of Biblical Narrative*. Nueva York, Basic Books, 1981 (ed. francesa: *L'art du récit biblique*. Bruselas, Lessius, 1999), donde el autor analiza con finura varios pasajes de Gn 37-50. Asimismo, G. RAVASI hace una lectura espiritual de algunos pasajes de la «novela de José» en *El libro del Génesis (12-50)*. Guía Espiritual del Antiguo Testamento. Barcelona-Madrid, Herder - Ciudad Nueva, 1994, pp. 256-310. Casi como curiosidad, M. ABDUS SALAM, *Historia del profeta José, virrey de Egipto, según la S. Biblia y el S. Corán*. Córdoba, 2004.

Introducciones:

J-M. HUSSER, «La historia de José», en M. QUESNEL / Ph. GRUSON (eds.), *La Biblia y su cultura I. Antiguo Testamento*. Santander, Sal Terrae, 2002, pp. 112-122.

C. UEHLINGER, «Genèse 37-50. Le "roman de Joseph"», en Th. ROMER / J-D. MACCHI / C. NIHAN (eds.), *Introduction à l'Ancien Testament*. Ginebra, Labor et Fides, 2004, pp. 157-172.

Ensayos:

J-M. AUWERS, *Joseph ou la fraternité perdue et retrouvée*. Horizons de la Foi 44. Bruselas, Connaître la Bible, 1991.

A. DA SILVA, *La symbolique des rêves et des vêtements dans l'histoire de Joseph et de ses frères*. Heritage et Projet 52. Montreal, Fides, 1994.

Joseph face à ses frères. Parole d'Actualité 6. Montreal, Médiaspaul, 1996.

R. MICHAUD, *La historia de José*. Estella, Verbo Divino, 1981.

A. WENIN, *Joseph ou l'invention de la fraternité*. Le Livre et le Rouleau. Bruselas, Lessius, 2005.

Artículos:

P. BEAUCHAMP, «Joseph et ses frères: offense, pardon, réconciliation». *Sémiotique et Bible* 105 (2002), pp. 3-13.

J. GUEVARA LLAGUNO, «La historia de José: leyendo a un personaje». *Reseña Bíblica* 47 (2005), pp. 41-49.

Th. ROMER, «Joseph approche. Source du cycle, corpus, unite», en O. ABEL / F. SMYTH (eds.), *Le livre de traverse*. Paris, Cerf, 1992, pp. 73-85.

A. SCHENKER, *Chemins bibliques de la non-violence*. Chambéry, C.L.D., 1987, pp. 13-40.

A. WENIN, «Le temps dans l'histoire de Joseph (Gn 37-50)». *Biblica* 83 (2002), pp. 28-53.

-, «L'aventure de Juda en Genèse 38 et l'histoire de Joseph». *Revue Biblique* 111 (2004), pp. 5-27.

La historia de Jose (Genesis 37–50) Algunas claves para leer el relato La historia de Jose es una pequena novela escrita con un refinado arte Su riqueza resulta sorprendente y estas pocas paginas pretenden hacer que se perciba una parte de ella privilegiando las visiones de conjunto sobre las observaciones de detalle Con ayuda de los recursos del analisis narrativo se tratara de estudiar sobre todo los resortes de la intriga Todo empieza con una grave crisis en torno a Jose hijo predilecto de su padre Jacob y odiado por sus hermanos

Autor Andre Wenin, profesor de Antiguo Testamento en la Facultad de Teologia de la Universidad Catolica de Lovaina la Nueva

Presentacion	1	IV – Excrecencias de la historia 1 en torno a la muerte de Jacob	37
Introduccion	4	• Un episodio con varias funciones	
• Una serie de episodios		• Jose su padre y sus hijos (47 28–48 22)	
• Cuatro actos unificados		• Una fratria donde cada uno tiene su lugar	
I – La apertura del relato Gn 37	9	• Conclusion	
• Una crisis en la familia de Jacob		V – Excrecencias de la historia 2 Juda y Tamar	45
• La apertura del relato		• Una experiencia determinante para Juda	
II – A la busqueda de desenlaces 1 Jose y Jacob	17	• Una importante clave de lectura	
• La elevacion de Jose (39–41)		• Conclusion	
• Jacob y sus hijos		Conclusion	52
III – A la busqueda de desenlaces 2 Jose y sus hermanos	26	Lista de recuadros	54
• Diez hermanos bajo presion (42 5–28)		Para continuar el estudio	54
• En torno a Benjamin (43 15–44 34)			
• Un desenlace en dos tiempos			